

...una fórmula de encanto y seducción

TODA mujer se encuentra siempre en un constante concurso de belleza. Es imposible evadir la comparación y la presencia de otras mujeres ante la vista de implacables jueces.

Se juzga la belleza, la distinción, la simpatía, los encantos propios... Resalta el *cutis*... la *piel*...

Todas las mujeres ambicionan poseer un *cutis* y un cuerpo delicado y atrayente. Todos los hombres reciben el influjo de esa seducción... Valoran... destacan... *les gusta*...

Camay ayuda a vencer... Camay contribuye a poseer esa apariencia que toda mujer desea y todo hombre admira.

Una pastilla de Camay basta para convencer de que *aún* es posible conocer un jabón *nuevo*... un jabón que deja en el rostro la sensación de una delicadísima crema y en el cuerpo la fragancia de un baño de esencias.

Su acción pura y delicada beneficia positivamente a la epidermis.

Camay está destinado a crear la belleza, a cuidarla, a conservarla...

Contiene una habilidosa composición de delicados aceites que suavizan la piel, concentrando en una pastilla todo un tratamiento de belleza.

Sus valores han sido contrasta-

dos por las mujeres de todo el mundo. Y se asegura que no hay otro jabón en estos momentos en Cuba tan noble como Camay.

Se han hecho pruebas en comparación con otros jabones, sobre diferentes condiciones de la piel. Y una y otra vez ha salido triunfante Camay, considerándolo definitivamente el más delicado jabón para mantener la belleza natural.

Y no obstante sus virtudes superiores, no se puede encontrar un jabón tan bueno al precio de Camay.

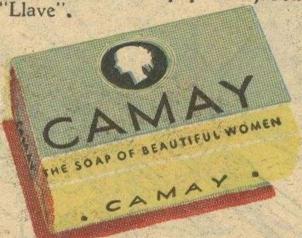
Posee una condición aristocrática, pero se caracteriza por un precio popular. Cualquiera puede comprarlo y, después de usarlo una vez... si costara más, seguirían prefiriéndolo.

Usted se sorprenderá al conocer su bajo costo. Está a la venta en todas partes. Pídale hoy. Identifíquelo por su original envoltura verde y amarilla, cubierta con celofán.

Y sus envolturas sirven para conseguir los premios gordos de las ofertas del popular jabón "Llave".

Camay

El jabón de las bellezas



En Este Número:



Marjorie Weaver

La Estrella del Sombrero Fatal



EL PRIMER DICTADOR de AMERICA



Modas de Vaquero

Crónica Exclusiva de Sara Diez



Nueve Personas de Más de 100 Años



Alma de Actor

Cuento Breve



Vestigios de la Revolución Francesa



Continuación de la Novela

"Un Servilón y Un Liberalito"



Rosemary Lane

LIBERALITO Y UN SERVILITO

Don Juan Caballero

Continuación

—En nada lleva mala intención—añadió su mujer—; no tiene hiel; y nos quiere bien.

Don José se había acercado a la mesa, y vio entonces la carta que sobre ella había colocado Leopoldo.

Una carta para don José era cosa demasiado extraordinaria. ¿Quién podría escribirme, pensó, sacando de su estuche de zapa negra sus espejuelos.

En este momento doña Liberalita, que había ido al cuarto del huésped, entró con sus pasitos cortos y apesadumados, diciendo azorada:

—¡Pepe!... ¡Escotárate!... No está en su cuarto; no está en su cama... ¡No está en parte alguna!

—¡Ay! ¡Qué habrá sido de él!—exclamó doña Escotística cruzando las manos.

—¡Toma! Se habrá largado con viento fresco—dijo don José, sin decir ni cruz ni cruz, y sin pedir parecer a nadie; de la misma manera que entró.

—¡Si será del pobrecito esa carta?—Pepe, hermano, lea.

Mientras don José se ponía sus grandes espejuelos, murmuraban su mujer y su hermana: ¡San Rafael vaya con él! ¡San Cayetano lo proteja!

Don José abrió la carta y se puso a leer.

—¿Dónde discurre que se halla su hijo?—

—¿Se halla hecho una víctima del despoletado y de la tiranía?—

—¿Las paparruchas de siempre?—gritó don José.

—De... de... de la tiranía en el Puerto de Santa María... que bien puede serlo de todos los diablos.

—¡Buena principio de semana!—observó el lector.

—Los diablos... escondido en un castillo el más desamantado del mundo.

—¡Yai—dijo doña Liberalita, desde la butaca de la Santa Cruzada.

Don José prosiguió sin detenerse. En el castillo de Chinchurumbel, en el que son tonlos cantos hablaban en él.

Don José pasó, su lectora, miró a su mujer, y después a su hermana, que bajaron los ojos, y continuó:

—Te figuras a tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorado de lo moderno y de la elegancia, encerrado en un colchero vulgar, santurrón, servil, con un capellán si más luce que la de un chlo pascual.



—¡Jesús, Jesús! Vaya por Dios, vaya por Dios!—exclamaron a una voz doña Escotística y doña Liberalita.

Don José, después de escombrarse estrepitosamente y con coraje, prosiguió:

—Con un secretista que tiene un apagarador en la mano, otro sobre su hombro, y los ojos apesadumados; con dos viejas beatas, más feas que Barrabás...

—¿Lo oyes, Liberalita?

—¿El qué?—preguntó ésta que no había oído bien, a causa de que la recia y corralada voz de don José al leer los chapulidos dirigidos a su mujer y a su hermana se había apesadumado.

—Que somos más feas que Barrabás, —le gritó muy formal, pero sin incoherencia, su cuitada.

—¡Vaya, eso eso ponderación!—opinó doña Liberalita.

—En apobrecito... el bendito!... ¡Casabebes con el mocho!—dijo don José, que volvió a leer.

—¡Más feas que Barrabás, que quieren a la fuerza que reze el rosario con ellas como un santurrón y haga una promesa a San Cayetano, santo de su devoción, y por último, con un maestro de escuela...

—por lo visto—observó el lector—, en el modo de pensar de este mocho solo eran los «santurrónes». Pero vamos a ver—prosiguió, estrabando bien la carta y acercándose a la ventana—; ahora la emprende el «angelito sin hiel» con mi go, y ahora viene el trueno gordo:

—Un... un... un... maestro de escuela, que en lo físico y en lo moral parece un borro en pie, sin que le falten las descomulgadas orejas propias de su especie.

—¿Qué t-a-l, tal?—dijo el lector, cuyas mencionadas orejas se habían puesto del color de la grana y cuyo labio inferior estaba más caldo y saliente que nunca.

—¿Qué tal? ¿Qué decís ahora con el «pobrecito» del bendito? ¿Sabes insultar el nene? Liberalita, liberal de los exaltados, que para eso se piliaban solisti y dejamos esta sarta de desvergüenzas y oprobio por despedida, al largarse a la francesa! ¿Puede esto concebirse entre gentes blancas?

—Eso no está bien—dijo doña Liberalita.

—Eso es regular—dijo doña Escotística.

—Eso en es regular—dijo doña Escotística.

—Eso en es regular—dijo doña Escotística.



Don José continuó leyendo.

—Me tiene este rhinoceronte con sus silbidos axones «monárquicos y teológicos tan filia la sangre...»

—¿Rhinoceronte? Oye Pepe, ¿y eso que quiere decir?—preguntó su mujer.

—Quiere decir—contestó con despecto el interrogado—, un animal, un animal osí, primo, pasano y compadre del cietame.

—¿Qué cabeza de chorlito!—dijo doña Liberalita.

—¿Qué cabeza de morlito de cuatro años—recitaba don José furioso—, que con cada embesada tumba palabras arriba al que entrocogee!

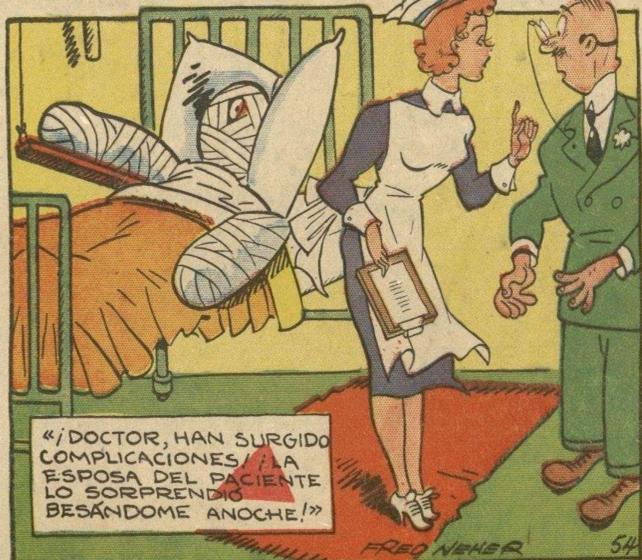
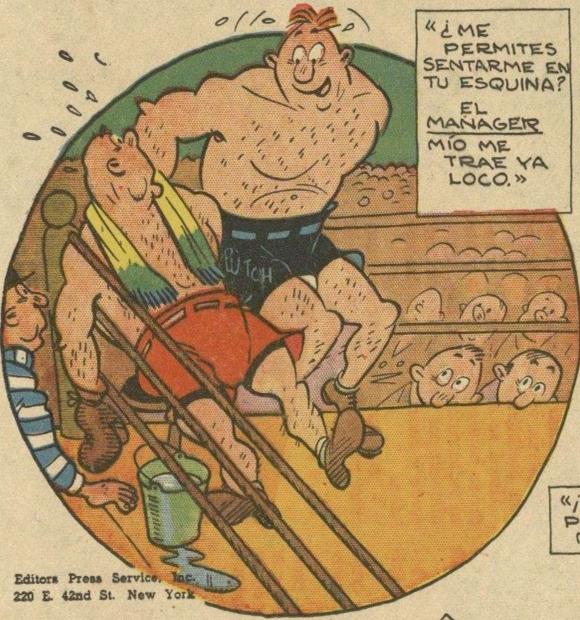
—Vamos, sigue, Pepe; veremos en qué viene a parar—pidió su mujer.

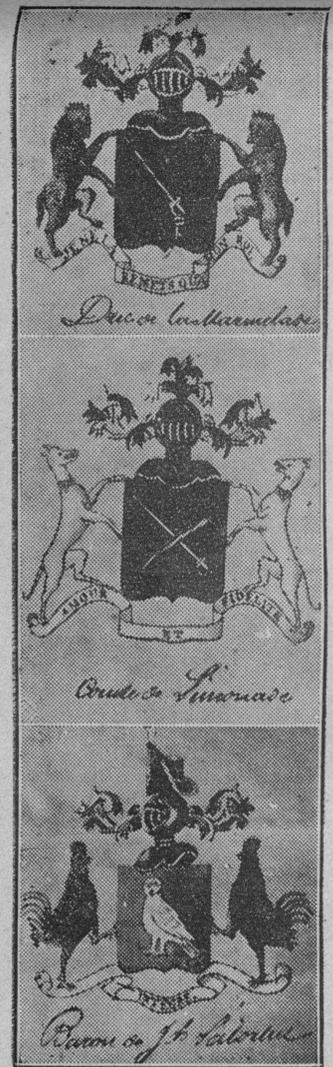
—¡Signe!... repuso éste—. ¡Como que es muy divertida la lectura y da un buen rato a cualquiera!

—Rhinoceronte... ¡la sangre que se van y vienen «unos impulsos feroces de ahogarse entre mis manos...»

por FRED NEHER.

LA VIDA ES ASÍ...





DE ARRIBA ABAJO: ¡El Duque de la Mermelada? ¡Exacto! Si su rey había consagrado la moneda a la calabaza, ¿por qué este Barón no habría de glorificar el sabroso dulce tropical, perpetuándolo en su escudo? (Centro) —Por los siglos de los siglos, aquí están las armas del Conde de la Limonada: Amor y Fidelidad, se lee en ellas.—Las armas del Barón de la Tortuga

mundo—forjado por él, indiscutido y fiero—creía positivamente en su fuerza, que le venía a la vez de la de su naturaleza primaria y simple, algo parecida a la de las plantas y los enormes árboles que le rodeaban siempre. Todo Haití, en verdad, se distingue desde cualquier tronera de éstas; y Henry Cristophe, asomado a uno de los aleros de su castillo, miraba las planicies de su isla y en verdad, creía que las dominaba. ¡No pudo jamás! Tenía en Port au-Prince un rival demasiado fuerte.

Acá y allá muestran las casucas, como puntitos diminutos, contrastando con el majestuoso castillo; más lejos, el inmenso océano; serpentean, como dibujos animados, los ríos haitianos; y como un proco agudo avanzando hacia el mar, el Cabo Haitiano. Y sobre todo ello, la bruma y el silencio auroral del trópico y el alma tempestuosa de un hombre. ¿Pudo ser esto, alguna vez, un reino floreciente?

Recorro las cámaras, los recodos, los corredores del castillo, las plazuelas, anejo refugio de los cortesanos; y sobre la piedra en que se sentaba el rey, medito un poco cerca del destino que le cupo.

Acorralado por Petion, no pudo forjar esos aditamentos de los grandes reyes. Todos los llanos del Norte le obedecieron al principio; en una férrea voluntad, su espíritu le llevaba a cotidianas salidas fuera del departamento bajo su dominio, y recaudaba los impuestos. No tuvo jamás un momento de paz. Fue el más auténtico dictador. Petion, pese a su enorme prestigio y su fuerza, jamás se atrevió a darle batalla en su reduc.

to. A pesar de las circunstancias tuvo aún tiempo para dedicar a la cultura parte de su genio; fundó escuelas y estableció relaciones comerciales con Inglaterra y los Estados Unidos. Su sistema, empero, no podía durar, particularmente por su signo violento. El gran estilo de su política fastuosa, sobre la miseria que imperaba en su territorio, le perdió. Y el 8 de octubre de 1820, una insurrección general lo remontó por tierra a la ciudadela. ¡Jamás habría de bajar de ella!

Acercó del instante de su muerte se han escrito muchas fantasías. Es cierto no obstante, que se suicidó momentos antes de prenderlo, cuando su espíritu irreductible no tuvo otra salida. ¡Ya lo tenía previsto!

Tuvo una muerte bella, y hasta en ella mostró su espíritu despótico y un como gesto medieval. De las versiones que circulan a mí me parece la única verosímil la siguiente, porque está más dentro de su carácter. Por la mañana de aquel día—ya cercanas las huestes que habrían de prenderle—Henry Cristophe llamó a Vastey, su cuartel-maestre. Las turbas, alentadas por el gobierno de Port-au-Prince, amagaban, abajo, el pa-

Levanta en sus pies al auditorio del brillante "Carnegie Hall" y suspende el tránsito en Broadway cuando 43,000 delirantes pugnarán por entrar a un teatro. "El swing" no tiene explicación, sino sensación". Música para época de convulsiones

EL 26 de enero, Jerry Colonna, conocido director newyorquino de orquesta, habló por la radio WQXR, explicando la nueva música «swing» (columpiar-balancear) que está volviendo loca a la gente norteamericana.

Después de su radiodifusión, quedé tan en ayunas de lo que era «swing» como antes y después de haber asistido al Concierto dado en el sacro santo «Carnegie Hall» por el «virtuoso» del columpio y saxofón Benny Goodman.

El 15 de enero, Benny Goodman, quien según los críticos es un músico más serio y más músico que el famoso Paul Whiteman, introductor del «Jazz», dio el primer concierto de «Swings», no tal vez con la idea de explicar lo que es esta nueva tendencia en música (si es que es música) sino más bien para demostrar el fenómeno.

El concierto estaba anunciado para las 8.50 p. m. pero ya a las siete de la tarde no se podía entrar a no ser mostrando el boleto de entrada a una policía que guardaba la muchedumbre a más de media cuadra de las puertas de «Carnegie Hall».

«Swing», como dice William Exiner el prodigioso tambor y maestro de «batería» de la banda que toca «swing» para la alta sociedad de Nueva York: «es la falta de ritmo sin salirse de él. Es individualismo en ejecución sin perder la unidad ni el tiempo. Los «coccodrilo» (los que no entienden «swings») deben tratar de compenetrarse del espíritu e inspiración de los «gatos» (los que entienden «swings») y tratar de sentir la sensación de «música columpiada» que hace mover los pies irresistiblemente al «casi-compás» de una pieza de «jazz» «columpiada».

Si después de esta explicación, dada por uno de los expertos en swings, el lector encuentra que sabe tanto como cuando principió a leer, será un placer para William Exiner, o cualquier profesor de «swing», pues ellos mismos dicen que «swing» no tiene explicación sino sensación».

El primer número del recital de Benny Goodman se llamaba «No sea tan así». Y por la mitad del número, el genio inmenso, empezó a sentir el ritmo «columpiante» del saxofón maravilloso tocado por Benny Goodman con las secuencias de que 4,000 pies empezaron a marcar el tiempo y 4,000 cuerpos se balancearon de lado a lado siguiendo el son de la música.

El templo de la música escogida, Carnegie Hall, por el cual desfilan los grandes violinistas como Feltetz, Ellman, Menuhin; pianistas como Rubenstein, Hoff-

lacio de Sans-Souci. Toda la mañana la pasó reunido con su familia. Vastey, para no impresionar a la real familia, le llevó la bala de oro que de antemano había hecho fabricar para su suicidio. La escondió, pero no pudo ser ocultada a los ojos de la reina. Esta y Vastey se pusieron de acuerdo para evitar el terrible desenlace, creyendo de buena fe que podrían impedirlo. Cristophe se enteró y remontó la cuesta, hasta la empinada ciudadela, donde se hizo cavar un hoyo echándose una gran cantidad de cal. Momentos después Vastey y el gobernador de la fortaleza, descubrieron el hoyo; pero el rey había desaparecido. Poco después se escuchó una enorme detonación, como de cañonazo. A su llegada, el cuerpo del rey estaba casi destrozado. Un soldado explicó el dramático final del hombre extraordinario, de la siguiente manera:

Llegado el rey, sin saludar, ni necesitar ayuda, colocó la bala en el cañón; prendió fuego a una larga mecha que terminaba en el estopín. Y colocándose frente al cañón, esperó serenamente a que disparara. ¡Eso fue todo!

Recogido el cadáver deshecho, fué llevado en unas angarillas al hoyo cavado.



man y donde los sábados, jueves y domingos las orquestas sinfónicas dirigidas a veces por Stokowsky, Toscanini, Stravinsky o John Barbirolli, deleita los oídos de los «conisseurs» se tambaleaba de extremo a extremo como el más corriente de los figones.

Al terminar cada número, la audiencia, no sólo aplaudía, vociferaba entusiasmada. El crítico del «Herald Tribune», de Nueva York concurre conmigo en que «swing» no tiene término medio. O lo engolfaba a uno hasta el punto de perder la cabeza, o sencillamente lo vuelve loco de rabia. Y no hay manera tampoco de discutirlo, no se puede. Los «entendidos» usan un lenguaje especial. Los términos musicales tienen otros nombres, emplean palabras, que más parecen invenciones de negros africanos afeitados con delirium tremens, y cuando tratan con algún «coccodrilo», los «gatos» miran con compasión y desprecio a los que no los comprenden.

Goodman terminó su «demostración» de «swing» sólo después de que el gerente del teatro había llamado a la policía para que obligara a los asistentes a sentarse y guardar el orden.

Días después, el 26 de enero, el virtuoso maestro, que «pesca» una nota con su saxofón y la alarga, acorta y estira para los lados como si fuera un elástico, hacía su aparición en el inmenso Teatro Paramount, situado en la calle más concurrida de Nueva York, Broadway.

Goodman, anunciaba el Paramount, tocaría cinco veces al día, durante una semana. Las puertas del Teatro-Cine, se abrieron a la 1 p. m. del miércoles 26 de enero. Pero a las 5.10 de la mañana, a pesar de un frío capaz de helar las notas cálidas de una candente pieza de «swing», el cuartel de la policía de la calle 47, recibía una llamada urgente del Paramount, pidiendo refuerzos para con tener a más de 5,000 personas que nacida «cola» esperando que el Teatro abriera sus puertas.

A las 8.30 de la mañana, más de 17,000 personas entorpecían el tráfico y se mantenían en calor cantando alguna melodiosa «swingística». En vista del entusiasmo, la gerencia del Paramount decidió principiar la función a las 9 a. m.

Y ocurrió sí no lo mismo que en Carnegie Hall, algo peor para la tranquilidad de los acomodadores y guardianes. Los miles de asistentes bailaban en los pasillos, se trepaban sobre los asientos y balanceaban sus cuerpos en ritmos paracidos a las contorsiones de las danzas javanasas y africanas.

Después del programa de Goodman, el Teatro presentaba la cinta de Mae West «Every Day's a Holiday» (Cada día es una fiesta), pero nadie pudo apreciarla,

Con ayuda del gobernador del castillo, Vastey alzó la angarilla y, por sobre su cabeza, con gran esfuerzo, la volcó.

El cuerpo de Henry Cristophe dió un gran salto. Se hundió luego, y el blanco líquido corrosivo lo fué lamiendo hasta blanquearle el cuerpo enteramente. Todos los presentes conuvieron la respiración. La superficie de cal tornó a su quietud y suavidad. Pero, emergiendo de la-cal, apareció la mano de Henry Cristophe, con su negra muñeca desnuda. La mano estaba cerrada, apretado duramente el puño. Aún en su muerte quiso mostrar el signo de su fuerza y de su espíritu dominador.

Sobre el hoyo de cal donde se enteró a Cristophe, hay ahora una caseta cuadrada que sirve de Mausoleo, y en redor, un montón de balas de cañón. Esto ocurrió en 1820, a una hora, poco más o menos parecía a la de este atardecer melancólico, bajo unas nubes, como éstas, de algodón. Su muerte extraordinaria fué por lo menos tan original como su vida, elevada desde la esclavitud a la cumbre. La historia de América estaría incompleta sin el nombre de este negro prodigioso que, al fin y al cabo fué un legítimo representante de su pueblo.

Las «roquettes», cuerpo de baile del Radio City, que llegó a la perfección. Dibujo de Leav mostrando el «swing» en acción: Todo es de scompasado. Benny Goodman, maestro del «swing»

a pesar de que Mae es una de las artistas más comentadas, debido a que el público siguió meciéndose en las memorias de la música de Benny Goodman. Nadie quiso salir después de terminada la primera función, querían oír la segunda sin moverse de sus asientos. Intervino la Policía, se oían gritos, peleas; algunos juraban que recién habían entrado y que tenían derecho a oír a Goodman.

Por último, después de tres horas, la calma volvió a renacer y la «cola» que a esas horas había crecido a más de 43,000 (según cálculos de la Policía) esperó confiada que por ahí cerca de las 10 de la noche, su largo martirio de frío y hambre (nadie salía de la fila ni para comer temeroso de perder el puesto) sería recompensado oyendo las notas del «virtuoso» que «copiaría» los dolores, penas y preocupaciones de la vida diaria.

«Swing» está en armonía con los grandes movimientos que agitan al mundo hoy en día, primero, porque como esas «estimas» es imposible discutir con sus entusiastas, segundo, porque como esas tesis «swing» también tiene sus profetas, quienes, como dice el crítico del «New York Times», «son como Aristóteles era para las generaciones de escolares de las edades antiguas; intocables».

«Swing» columpia cualquiera composición que se preste a ser estrada y mecida; pero también se han compuesto algunas piezas que son exclusivamente de tendencias «ultra columpiantes». Los títulos no pueden ser más atractivos: «Crujir de Sedas cuando la Marquesa estornuda», «Llanto de la cebolla cuando el ajo le dijo Adiós», «Tos en F Mayor», «Quejido estomacal en A. Menor»...

Así, a pesar de la explicación dada por la radio por Terry Colonna, de haber asistido al Concierto de Goodman, y al Paramount, «swing» sigue siendo para los que no lo «sienten» uno de los misterios más grandes de la música moderna. El mismo Colonna, usando todos los términos que los «virtuosos» emplean, no pudo hacerse entender, cosa que él mismo reconoció diciendo: «es un enredo tan fenomenal que ni yo mismo lo entiendo. Sólo lo siento».

Y debe ser así, pues ni los músicos, profesores más bien, que pertenecen a la gran orquesta dirigida por el imitabile Toscanini, saben una palabra de lo que es «swing». No lo entienden, no lo pueden ejecutar porque ellos están acostumbrados a la disciplina rígida del director y pierden sus personalidades dentro de la armonía, y cuando oyen hablar a un miembro de orquesta de «swing», solo menean la cabeza (el único ritmo de «swing» que pueden ejecutar) y exclaman: «Per la vita di Garibaldi, e non sonno possibile...»



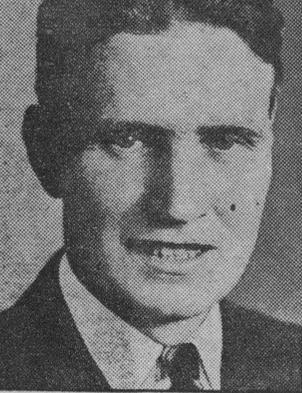
La Condesa Pia Ferrari Davico, que ayudó a esclarecer el misterioso robo de los bonos del gobierno de los Estados Unidos.

Por Max de Abad

Nueva York.

EN ALGUN sitio del mundo existen bonos del Gobierno de los Estados Unidos por valor de \$200,000 que fueron robados hace cosa de tres años. El primer robo, consistente de \$590,000, tuvo lugar el 13 de diciembre de 1934 en el banco United States Trust Company, y el segundo, en enero 22 de 1935, en el Bank of the Manhattan Company, ambas instituciones de esta ciudad. De este último banco desaparecieron bonos montantes a \$1,456,000, principalmente en emisiones de a \$100,000.

Varias agencias policíacas han tomado



John J. Dowling, Fiscal Federal de Estados Unidos en Nueva York.

PARA TENER LABIOS Naturalmente BELLOS



Con su Cambio Mágico de Tono, Tangee les da lozanía de rosa.

Tangee siempre pondrá en sus labios matiz seductor y juvenil... porque cambia, una vez aplicado, al tono grana que mejor armoniza con su rostro. Su base especial de "cold cream" mantiene los labios suaves y frescos. Además, ¡es permanente! El maquillaje perfecto se completa con el Colorete y Polvo facial Tangee, que armonizan con su cutis porque se asimilan a su color natural. Si prefiere un matiz más vivo, pida Tangee Theatrical.

El Lápiz de Más Fama TANGEE EVITA ASPECTO PINTORREADO



La Condesa accedió a ponerse en comunicación con sus amigos para ver si estaban interesados en adquirir los bonos robados.

Hartman, y de quien sospechaban que poseía otros dos bonos del mismo valor, pero cuando le practicaron un registro recibieron una profunda decepción.

Evans y Hartman se declararon culpables del delito de vender bonos robados, pero Bedelly y los hermanos De Grassi han apelado de la sentencia dictada por el primer jurado femenino que ha deliberado en un tribunal federal de los Estados Unidos, y según la cual tendrían que cumplir cuatro años de presidio.

Cinco bonos de a cien mil dólares que formaban parte del botín fueron recobrados por las autoridades después de haber cruzado el Atlántico dos veces en los bolsillos de un tal Meyer Frankenberg, hombre bien vestido y como de 50 años de edad, que había estado hospedado en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York.

Frankenberg llegó a Europa e inmediatamente se dirigió al Casino de Monte Carlo, donde los jugadores y aventureros de todas partes del mundo acosan por dar cita para realizar sus increíbles intrigas. Allí se encontró con un cómplice, Bernard Klein, de cuya astucia hay que dudar mucho, pues cayó en las redes de la policía de la manera más inocente.

Habiendo conocido a una hermosa mujer, la Condesa Pia Ferrari Davico, se le antojó que las relaciones sociales de ella debían ser muy importantes y que tal vez estaría dispuesta a disponer de los cinco bonos de a cien mil dólares vendiéndoselos a sus amigos. La Condesa aceptó gustosamente y en seguida se puso en comunicación con uno de sus íntimos, nada menos que el Inspector Sehuc, de la Sureté Nationale francesa, de cuyo personal formaba parte ella en calidad de agente secreto destacado en Monte Carlo. El Inspector Sehuc le cableografió a Reed Vatterli, jefe del Departamento Federal de Investigación en Nueva York, para cerciorarse de las generales de los dos individuos y de su conexión con el robo de los bonos.

La Condesa procedió inmediatamente, cumpliendo las instrucciones dadas por el Inspector Sehuc, a obtener las pruebas ne-

cesarias para detener a los conspiradores, y como resultado de su rápida actuación Bernard Klein fué condenado a cuatro años de presidio en Francia. Frankenberg, sin embargo, abandonó el hotel donde residía en París, antes de que las autoridades pudieran arrestarlo, llevándose los bonos.

A pesar de la estricta vigilancia que se ejercía en ambos continentes, ningún detective logró jamás capturar al fugitivo. En marzo 14 de 1936, Frankenberg se presentó voluntariamente en la oficina del Fiscal Federal John J. Dowling en Nueva York, y después de identificarse, le ofreció ayudarle a recobrar los bonos restantes. El 15 de octubre de 1937 se declaró culpable, no del robo de los bonos, sino de intentar venderlos, y arregló con Dowling para que demorara la sentencia por una semana a fin de colaborar con las autoridades en el rescate de los valiosos bonos. El funcionario accedió.

Una noche en que Dowling estaba en su casa descansando, alguien lo llamó por teléfono y le dijo que fuera al Hoozis Club para informarle algo de parte de Meyer Frankenberg. Dowling llamó por teléfono a los agentes federales Leo Laughlin, Tom McDade y William Smith, y vino en encontrarse con ellos en el referido cabaret. Poco después de llegar al lugar, se les acercó un mensajero que preguntó por el señor John J. Dowling y le entregó un sobre. El sobre contenía una tarjeta que decía:

"M. F. Northbound Broadway Subway 59th. Street Station"

Adentro del sobre había, además, una llave con el número «K-155». Los detectives y el señor Dowling salieron inmediatamente del café y se dirigieron en automóvil a la estación del tren subterráneo de la calle 59, según indicaba la tarjeta. En dicha estación hay un número de armarios de metal de esos que se alquilan al público para guardar paquetes. Abrieron el compartimiento «K-155» y encontraron dos sobres que contenían en total bonos y otros documentos negociables por valor de \$674,209.29.

acudiendo los nobles invitados: tomaban asiento en los lugares de antemano señalados por el Maestro de Ceremonias. Este se había ya cerciorado de que todos estaban en los sitios correspondientes, y entonces llegaba el rey. ¡Momento de gran emoción! Los súbditos se empujaban. Se daban empujones para ponerse delante, disputándose el honor de que les viera el rey inmediatamente.

Guardando la correspondiente distancia, sentábanse todos apenas ver sentado a Cristophe. Le vigilaban. No le perdían movimiento. Más, como siempre los hay torpes, el Maestro tenía que intervenir, para decirles:

—¡Sa Majesté rit: riez Messieurs!

Y todos reír, con ese carcajado rítmico, semejante al tiro reiterado de una ametralladora.

Y, si los había torpes para entrar «a tiempo» en la risa, también para detenerla. Más, allí estaba el Maestro, abrumado pero incansable, interviniendo en el momento preciso para atajar a los que se desmandaban.

—¡Sa Sajesté ne rit plus, Messieurs! Y sólo entonces callaban imitando perfectamente esos finales briosos de una pieza musical que trunca el golpe tajante del bombo.

—3—

El talento político, el gran estadista de Henry Cristophe, se manifestó igualmente en otros menesteres. Fué él quien inventó la moneda nacional, rindiendo a la vez un testimonio de justicia a su tierra: la denominó «gourde»—calabaza—de manera justificada.

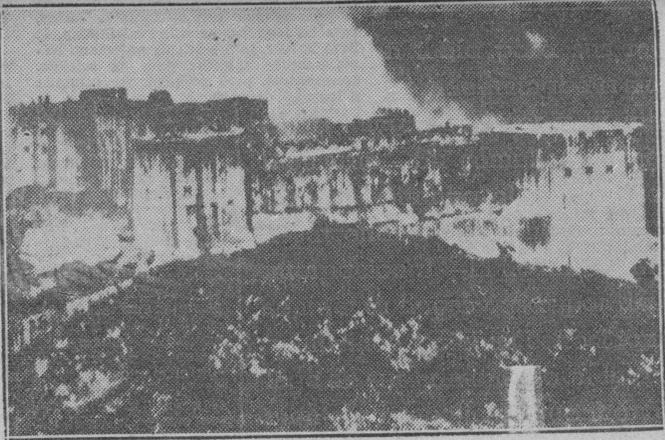
El negocio principal de la agricultura haitiana, consistía en la siembra de las calabazas. Napoleón Leónidas Lefevre, un cronista de aquellas fechas—muy bien documentado—asegura que las calabazas haitianas cautivaban por la belleza y su agradable pulpa. Había calabazas, sobre todo en la parte monárquica gobernada por Henry Cristophe, para todos los gustos. Se exportaban a las Antillas menores y a Cuba. Eran como el plato nacional, servido de las mil maneras en que se especializó la cocina africana. Rendían también—particularmente determinada variante que abundaba—una función de carácter público: el haitiano se había especializado en vaciarlas, y después de secas se utilizaban como vasijas, supliéndose de tal suerte, con los productos de la agricultura las deficiencias de una industria alfarera. La calabaza haitiana ganó fama rápidamente; y según asegura Napoleón Leónidas Lefevre, el rey llenó las arcas de su tesoro con el producto de las calabazas, lo que le indujo a nacionalizarla, sirviendo de signo fiduciario en las transacciones comerciales. El rey necesitaba algo del exterior, y pagaba con calabazas. Una botella, una caja de botellas de champaña para las grandes solemnidades, valía tantas calabazas. Y así, todo lo que se importaba. Pero, ocurrió, fatalmente, lo inevitable: la calabaza era poco manejable como signo monetario. Entonces, Henry Cristophe pensó que debía crear la moneda.

¿Qué nombre adjudicar a la moneda de un país, cuyo producto capital lo constituye la calabaza? Hubiera sido una injusticia, más: una ingratitud imperdonable no acordarse en momento tan trascendental, de las calabazas. ¡Jamás ningún país había rendido tributo de justicia tal! ¡La moneda haitiana se llamaría «calabaza»; con lo cual, además, se comprobaba el nacionalismo del rey, se huía del Franco, signo del extranjero ocioso, déspota y esclavista.

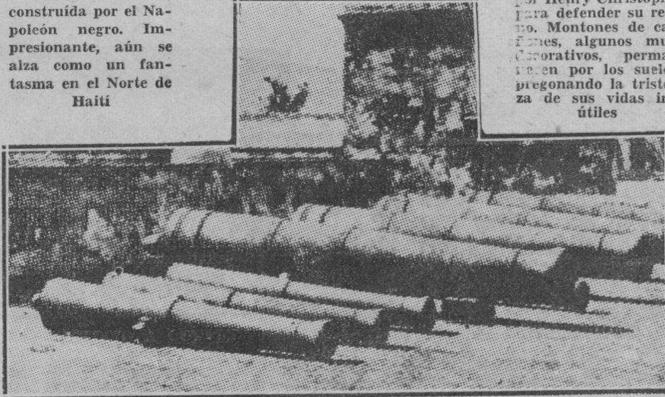
Y desde aquellas fechas, estas monedas haitianas se llaman calabazas, con equivalencia de una peseta.

O lo que es lo mismo: desde entonces, cada calabaza haitiana vale una peseta.

Cerca del palacio de Sans Souci construyó Henry Cristophe un arsenal, una capilla para uso de la real familia, un presbiterio, cuarteles especiales para la guardia de palacio; un almacén, una imprenta equipada con los adelantos más modernos, un establo, un taller para la



La imponente ciudadela «La Ferriere», construida por Henry Cristophe para defender su reino. Montones de cañones, algunos muy decorativos, permanecen por los suelos pegando la tristeza de sus vidas inútiles.



Una de las galerías de la «Citadelle La Ferriere», construida por Henry Cristophe para defender su reino. Montones de cañones, algunos muy decorativos, permanecen por los suelos pegando la tristeza de sus vidas inútiles.

reparación de coches, oficinas y un jardín donde se cultivaban las flores y los frutos predilectos de sus majestades y su familia. Todo, desde luego, hecho al estilo de los grandes reyes de Francia y no igualado aún por nadie en América. Las habitaciones estaban pavimentadas; abundaban los mármoles y las columnatas... Para la construcción de los artesanos se encargaron los proyectos a los más famosos artistas franceses. Abundaban también las maderas más finas en puertas y ventanales; y desde Europa se llevaron cuadros, tapices, abundantes espejos, molduras, y una espléndida biblioteca que según exacta



Santo Domingo: una batalla en los albores de la independencia de la Isla. Franceses contra los esclavos, éstos vencieron, por fin.

expresión del rey sería un verdadero monumento dedicado a la riqueza, al gusto y a la cultura del hombre negro de su patria». La Ciudadela, el segundo gran edificio del rey, está a una altura de mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Milot, el sencillo, rústico pueblecillo, emplazado al final de la vasta llanura «du Nord»; se distingue desde aquí co-

hermosos venatales, hoy desconchados, pero de sólida construcción. En las almenas occidentales se cruzan un foso que conducía al patio interior destinado, hace más de cien años, a ejercicios militares del ejército del rey negro.

Y, ante nuestra vista, aparecen las máquinas de guerra: cañones, cañones, cañones...

Cañones por todas partes; de los cuales algunos aún apuntan, como influidos por las grandes coleras de su rey, hacia el exterior de las troneras, por donde se atalayaron las huestes enemigas, y donde se esperaba ver llegar en los páldos atardeceres jadeantes de angustia, el peligro de una expedición francesa que se anunciaba constantemente. Hay verdaderas formaciones de cañones, nostálgicos, como anonadados por el triste destino de sus vidas inútiles. Baterías, superpuestas enfilan los horizontes infinitos; otras miran pudrirse las cuereñas de madera; varias están diseminadas. Y hay también los bellísimos cañones de bronce, decorativos, llenos de inscripciones artísticas, con cabezas fantasmales y escudos barrocos esculpidos. La tradición habla de esa grandeza. ¡Dejad que yo anote su dolencia actual!

Henry Cristophe hizo emplazar nada menos que trescientos sesenta y cinco cañones de estos en la ciudadela. Uno por cada día del año. Y no sólo cañones, sino bloques gigantescos de piedra para construir las murallas que cubren extensiones enormes, a las que suceden otras extensiones en distintos ángulos de la fortaleza. Pirámides de balas de cañón amontonadas al paso, por los pasillos y los patios, como piedras abandonadas... Todo esto fué ascendido hasta la fortaleza empleando la fuerza animal de los hombres.

Sobre este Napoleón negro y su reinado se cuentan escalofríos leyendas que toman fuerza aterradora a la sombra de estos muros centenarios. El indómito Cristophe no se detuvo, jamás, ante nada. Si se le combatió en la capital, él se defendió en estos alores. Al encalzarse la historia de Haití por derroteros que este hombre extraordinario creía contrarios a los designios de los tiempos, él supo imponer su signo férreo a la política, y ante todo, desafió a la posteridad buscando una muerte heroica como no registra la historia de ningún hombre.

El régimen de la ciudadela era de hierro, como impuesto por un genio al que no le temblaba nunca el pulso y sabía regular los impulsos de su corazón. Ante estas murallas hallaron la muerte millares de enemigos, destrozados entre las rocas a centenares de pies de altura.

Un día Cristophe, que en la construcción de su castillo se convertía en un feroz capataz, se acercó a un grupo de hombres que luchaba denodadamente por subir un enorme bloque de piedra, ladder arriba, sin poder aparentemente conseguirlo. El rey les increpó; pero observando que no lograba reanimarlos, mandó que se pusieran en fila todos y ordenó al oficial que mandaba la bizarra tropa, fusilar, allí mismo, al último de cada diez de ellos. Se habrá deducido inmediatamente que el bloque de piedra cobró alas y subió.

Las dificultades que halló el rey para la construcción del castillo, hacen vacilar la imaginación. ¿Qué o quién aconsejó su construcción en estas alturas? Se ha dicho que Henry Cristophe lo hizo para proporcionar un refugio contra los franceses, que amenazaban regresar ganando la isla nuevamente. Pero esto no debe ser exacto: sus enemigos no eran ahora exteriores, sino interiores. (Aparte que las condiciones de Francia no iban a posibilitar un segundo Leclerc). La historia de Haití, en aquellas fechas se tejea en las revueltas y en los recodos de las conspiraciones. Además, a este negro, si examináis detenidamente sus rasgos destacados, más que los enemigos le preocupaba la posteridad. La ciudadela no fué otra cosa que un monumento que Henry Cristophe se erigió a sí mismo para después de su muerte.

Pocos panoramas rivalizan con el que se extiende ante la vista, desde la fortaleza. Henry gustaba asomarse para contemplar a sus enemigos, que se estrellaban en las llanuras, en su permanente afán de cazarle; pero hay que pensar también que este hombre imponente, de naturaleza melancólica amaba los grandes espectáculos de la naturaleza, por que tenía un sentido aparatoso y teatral de la vida. Empinado en aquel su

de su mujer, y con la otra el de su hermana, se las llevó, arrastrándolas precipitadamente a la sala.

—¿No han caído ustedes?—les preguntó con toda la alegre animación de que era capaz su tranquila naturaleza.

Su mujer y su hermana le miraron atónitas, diciendo:

—No. ¿Qué hay?

—Usted le ayudaba en su intento; era un espía.

—¿Qué, señor, no puede ser; ni escriba ni veía a nadie.

—Pues él debía tener precisamente informes, y algún amigo que le ha avisado de haber sido reconocido anoche, y que le ha proporcionado los medios de fuggarse.

—Eso no sé yo.

—Pero de cierto sabrá usted quién es ese amigo.

Don José llamó un instante, en el que el miedo y su honrada veracidad sostuvieron un recio combate, y después contestó:

—Le conozco, pero aseguro, a fuer de hombre de bien, que sólo de vista.

—¿Y quién es?—preguntó el coronel.

Don José pasó su dedo alrededor de su cuello, y respondió con decisión:

—Eso no lo digo; ¡aunque pierda ésta!

Su mujer y su hermana se precipitaron hacia él acongojadas, como si vieran ya en peligro aquella cabeza tan querida.

—¡Oh, le sot!—exclamó el coronel.

—¿Qué dice?—preguntó su hermana.

—Me dice sólo, porque creerá que quiero huir—contestó su hermano—. No, señor—añadió con creciente entereza—; no trato de huir; no puedo ya correr, ni quiero. Aquí estoy. Usia es el cuchillo y yo la carne; haga Usia lo que quiera de este infeliz, que en los años que tiene no ha tenido en sí ni un no con la Justicia. Pero que por mi dicho se le siga perjuicio a nadie; que José Mentor sea un delator... ¡eso no! aunque me lo inañase el mismo Rey, que Dios guarde.

—Pues irá usted a la cárcel—dijo para intimidarle el coronel.

—Iré—gritó en un arranque de desesperado valor don José, señalando con el brazo heroicamente la escalera.

Su mujer y su hermana se abrazaron a él llorando amargamente.

—¿Le ha confiado a usted el fugitivo algunos papeles?—preguntó el coronel.

—Ninguno.

—Que registren al señor—mandó el jefe.

Esta orden fué ejecutada al punto, y la carta de Leopoldo fué hallada en el bolsillo en que la había metido su dueño.

—¿Lo ve usted?—dijo el coronel—; esta carta es para usted y debe ser de su preso.

—Verdad es—contestó don José.

—Así, pues, usted me engañaba.

—¡Yo engañar!—exclamó ofendido don José—. No, señor, yo no engaño nunca. Esta carta es «mia», escrita a mí, y no es ningún papel que pertenezca al que se busca ni menos es un depósito. ¿Usia me comprende?

Apenas empezó el coronel a leer la carta, cuando a pesar del carácter de juez de que venía revestido, empezó a reírse tan irresistiblemente, que aquella escena de tribunal acabó en escena de sainete.

En esta carta aparecía la no complicidad de don José tan patente, pintaba tan a las claras la situación, que el coronel, al devolvérsela, le pidió excusas, le hizo un ligero saludo y se retiró.

Apenas se hubo ido, cuando don José, cogiendo con una de sus manos el brazo

—¡Verdad es! ¡Verdad es!—exclamaron gozosas y asombradas las cuñadas.



—¡Mira— si discurrió el pobrecito—añadió doña Liberata—. ¿No decía yo que nos quería bien?

márido—, que de los escarmentados nacen los avisados. Así me harán ustedes el favor, aunque se ahogue de calor, de tener de noche la ventana de la cocina cerrada; no vuelva a entrarse ese mal alma la noche menos pensada; que ya sabe el camino.

—Pero ¿qué es lo que hay en este papel?—preguntó doña Liberata, que se había acercado a la mesa, y que, abriéndolo, vió aparecer a sus ojos las diez onzas que debían acompañar la carta escrita a don José, y que había tomado el camino de Cádiz.

—¡Qué les parecen a ustedes los sesos a la ginebra del mozo!—dijo don José—. ¡Se deja olvidado su dinero! ¡Vamos!... ¡Si ese hombre no tiene atadero!

—¡Dios mío! ¡Y falta que le va a hacer al infeliz!—exclamó doña Liberata.

—¿Pepe, no se le podría enviar?—preguntó su mujer.

—¿Y a dónde se le dirige, mujer de Dios?—contestó impaciente su marido. Nada, guardarlo, que cuidado tendrá él de reclamarlo.

—¿Y si no lo reclama?

—En pansado estos barullos se indagará dónde para, y se le enviará.

—Pepe, ¿y si nos morimos?—dijo su hermana.

—Mujer, casualidad sería que de aquí a que las cosas se serenen muriésemos los tres. Pero por si acaso, dame el papel y el tintero.

Don José escribió en una cuartilla de papel estas palabras: «Estas diez onzas de oro pertenecen a don Leopoldo Ardaz, teniente que era en el año de 1923 del regimiento de Reales**, al que deberán ser entregadas». Dobló el papel, lo lió con las diez onzas en un pliego con todo primor; le puso tres obleas cuadradas, y escribió encima la palabra «Depósito». Diólo a su mujer para que lo guardase en el arca de cedro, en que se guardaban con reverencia las alhajas de la casa (incluso el consabido frac negro de don José, sus títulos y licencias para abrir escuela); y se preparaba a seguir la lectura de la carta, cuando se oyó un tropel por la escalera, y asomándose los tres a la pequeña antesala, vieron con asombro presentarse en la Plaza de Armas a un coronel francés, que hacía de mayor de plaza, con algunos soldados y un intérprete.

El coronel mandó poner un centinela a la subida de la escalera, y dijo en voz recia:

—Monsieur Joseph Mentor «maitre d'écoles».

Omitiremos pintar—porque el lector lo habrá comprendido ya—el susto y alarma que se apoderó de aquellas buenas gentes, que habían pasado su tranquila vida en aquel castillo, verdadero paréntesis de piedra en la activa ciudad tan olvidado, tan petrificado, tan extraño y tan inaccesible al bulir de mundo y al ruido de los acontecimientos, como lo está una roca en medio del mar al movimiento y estrépito de las olas que no la mueven ni impregnan.

—¿No os dije siempre que ese desatinado nos había de atraer algún pesar?—exclamó consernado don José—. ¡Esto es salir de Herodes y entrar en Pilatos! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Servidor de Usia—añadió presentándose ante el coronel y haciendo la cortesía más desgarrada que han visto ojos humanos.

—Usted tiene aquí escondido a un preso fugado—dijo el coronel.

Don José contestó:—Señor, aquí vino un sujeto que yo no conocía, y que por más señas se entró de noche por la ventana, y sin pedir mi venia. Buscaba amparo, y se lo di, que no creo yo que amparar al desvalido está prohibido, ni por las leyes divinas ni por las humanas. Así,

EL PRIMER DICTADOR DE AMERICA

PENETRANDO por los intersticios que el tiempo abrió, una vez perforando en el interior y en el alma de los papeles otra la letra apretada que escribieran hace docenas de años los hombres, una carcoma cumple su misión atrabiliaria y sin tino. La letra es diminuta y vigorosa; el idioma recuerda ligeramente el de Francois de Villon. Hay momentos en que la finura Villon de los caracteres cobra ampulosidad heroica y olvidamos un poco el idioma francés para penetrar, al margen del estilo, en acontecimientos que pese a su aspereza nos hacen pensar un poco en el gascón. Siguiendo el trazo de la carcoma—que es todo un acontecimiento al margen de los acontecimientos de la historia—distinguímos rasgos de hechos escapando de lo humano y que nuestra imaginación occidental relega a la leyenda. La sabia carcoma ha caminado docenas de años—más de un siglo—por entre las páginas de la historia y, laboriosamente ha dibujado, en «caprichos», una nueva leyenda, clásica a veces, moderna otras, sin consideración, al ritmo de los acontecimientos, pero respetando lo más arduo, lo más sugestivo, lo más heroico y a la vez ingenio y tierno pasando de repente a lo fabuloso. ¡Sabia carcoma!

Por las páginas de esta historia soplan los vendavales más diversos. Y otro sorprendente: el de la carcoma, ahuecada allí, humilde y recoleta, siguiendo los vaivenes del tiempo, mas trazando también su ruta histórica, que es la leyenda-historia de Haití claveteada por el microscópico animalito, con sus hechos y personajes. Ahí están unos y otros. Pero...

De pronto se ha abierto el libro; hemos seguido el curso de la línea trazada por los caprichos de la carcoma, descubriendo pedazos de su vida—inefables, románticos, heroicos y siempre sugestivos...

¿Dónde en verdad, empieza la historia de Haití? El interrogante es demasiado atrevido. Hay, no obstante, un contraste que destacar: la independencia de todos nuestros países de América, tiene sus puntos de partida establecidos. Puede asegurarse que las distintas naciones americanas, antes de firmar sus correspondientes actas de libertad, son ya una Patria, un pueblo, un mismo fervor racial. Juzgadas así, al aludir a Haití, el interrogante cobra una fuerza imprevista. La isla se independiza antes que ningún otro país americano. Aún no han iniciado Bolívar ni San Martín—ni Miranda—sus gestiones de liberación, ya los generales de Haití se han reunido en la Gonave, firmando un documento que es modelo de heroísmo y sobriedad, por el cual, el primero de enero de 1804 acuerdan los enemigos de Francia «morir antes que rendirse», proclamando «ante la faz del mundo» su juramento de independencia. Mas la historia de la colonia no existe; habría que trazarla desgranando las páginas de la «Trata de Negros»—carcoma de la historia—, ubicando primero en Africa los lugares que abastecían América, para seguir, flecha hacia el futuro, la huella de los acontecimientos, comprobando al margen de todo, una psicología y un signo africanos que adquieren, después de la independencia, sus perfiles. Haití inicia su vida en 1804. Todo lo demás es el Misterio.

En las huellas de la carcoma, está, clavada, la figura de Henry Cristophe, Elegido Presidente de la República, no se conforma con el título y se proclama



Aquí presente el rey Henry Christophe. (Esta es la única foto que se conserva de él, y muy rara, por cierto. Lo pintó Richard Evans)



Las armas del Napoleón negro de Haití, donde se lee: «Dios, mi causa y mi espada»

Rey; Henry Cristophe I. La Asamblea Nacional lo pone fuera de la ley; pero él se refugia en Milot, con todos sus atributos reales, mientras en Port-au-Prince se elige al general Petion, Presidente de la República. Y queda Haití dividido en dos estados.

La obra de este rey negro, es un portento de originalidad. Para observarla de cerca—valga el puente de ciento diez y seis años—hay que cortar los horizontes envueltos en una vaharada de bruma; y partiendo de Port-au-Prince, dejar atrás la isla de la Gonave que cierra

por José María Capo

el círculo de mar frente a la capital haitiana.

En 50 minutos se traspasan tres cortinas de nubes. Vamos a Milot, capital de la Monarquía de Henry Cristophe, donde construyó «Sans-Souci», bello palacio para su vivienda, y la «Citadelle La Ferrière», fortaleza que habría de defender su reino. El avión capotea ligeramente; siéntese un enorme vacío y luego enfla los llamados llanos del Norte. Frente a nosotros se distingue inmediatamente una prominencia dominando las restantes alturas que la rodean y en la cual este hombre extraordinario erigió un castillo digno de su gloria. Minutos después aterrizamos cerca de Cabo Haitiano, desde donde nos trasladamos a Milot, una distancia de 18 millas.

La ascensión a la ciudadela tendrá que hacerse a lomos de mula, o simplemente del rucio de Sancho, animalito muy popular en estas latitudes. Primero visitamos «Sans-Souci». El edificio es una ruina; pero aún puede apreciarse que, como se ha dicho, fue uno de los más fastuosos de América. Su construcción y su vida pueden sintetizarse así:

Lo fabricó Henry Cristophe para sentar en él su Corte y a un reino que si fue efímero—reinó cerca de catorce años—por lo menos él aspiró a perpetuarlo y a que fuera digno de la gloria de su raza. Acosado por la revolución que enltronizara a Petion. Pensó vencer a toda costa y se encastilló en Cap-Haitien dividiendo las actividades de su vida entre «Sans-Souci» y la «Citadelle». Sans-Souci tenía cuatro pisos, alzados sobre la terraza más elevada; estaba construido con ladrillos rojos. Bajo los pisos de las enormes salas, por el principal, pasaba un riachuelo destinado a mantener cierta temperatura. El agua salía después por el ojo de un arco de mármol y caía 4 metros más abajo, sobre una muralla azul, continuando su vida cantarina a lo largo de unos canales pintados en ocre. Una gran escalinata provista de garitas para los centinelas, cuadradas y de piedra, a los lados, conducía a la inmensa terraza descubierta en el extremo occidental del palacio. Había salones para banquetes, enormes cámaras para las audiencias, las habitaciones privadas de Cristophe, de la reina, del príncipe heredero y de sus hijas: Amatista y Atenaida. Además abundaban los alojamientos para los empleados de la Corte.

El gran estilo político de Henry Cristophe se manifiesta por este hecho que ningún negro hubiera sido capaz de intentar: creó una nobleza. Sabía que la realeza, para serlo efectivamente, tiene que empezar por parecerlo. Y allí, encumbrado en su enhiesto castillo, desafió a todo el mundo con un protocolo rigorista que impuso tanto a negros como a los blancos.

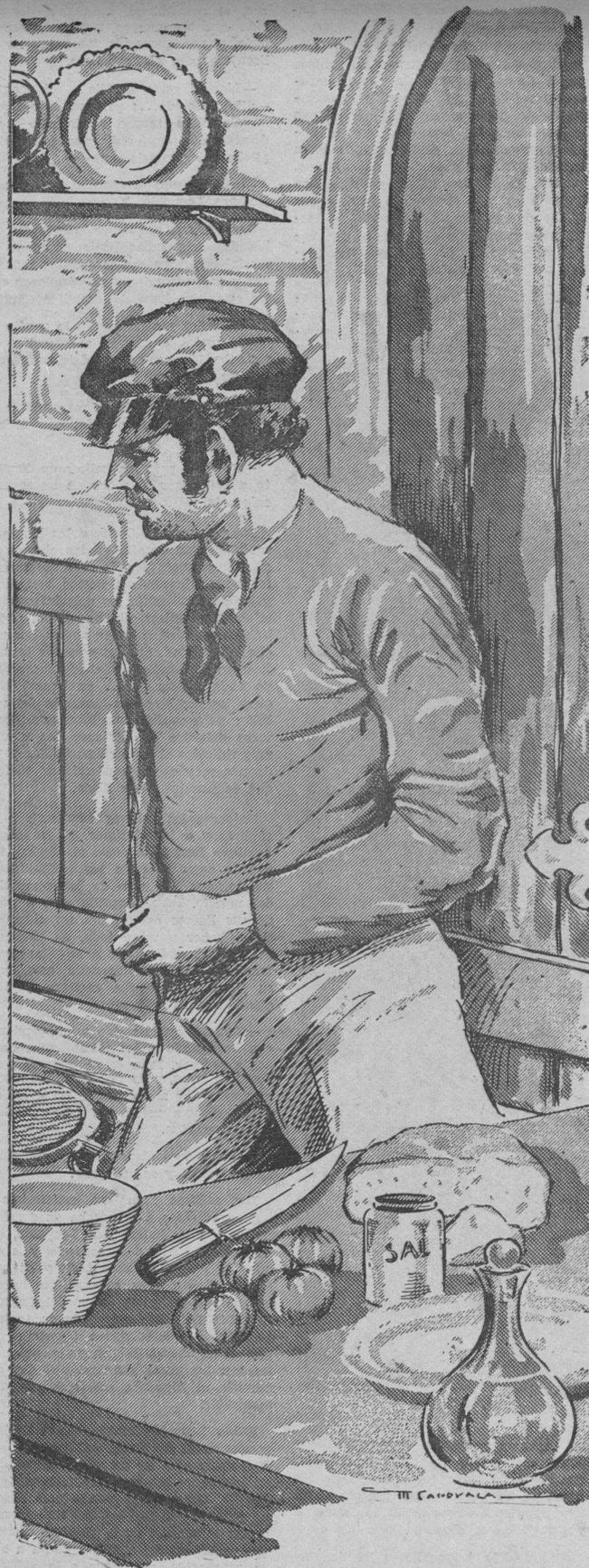
Inmediatamente ordenó que funcionara la maquinaria real, inventada por él. Era perfecta, si se tiene en cuenta la dificultad de aleccionar a unas gentes que salían de la esclavitud.

Recibía a sus súbditos dos o tres veces por semana: recepciones que, para ellos, tenían el aliciente de la frescura de Sans-Souci. La nobleza concurría al palacio, siendo requisitoria para averiguar las intenciones que abrigaban respecto de su rey. Cristophe, aunque novato, sabía que el oficio es uno de los más arriesgados.

Para que esa nobleza se entrenara en el oficio le señaló un maestro de ceremonias que daba clases a domicilio. El susido individuo, importado como habréis deducido, cumplió fielmente su cometido; les enseñó cómo se andaba en Palacio, cómo se saludaba, cuando se debía hablar en presencia del rey, cuando convenía callar, entristecerse, reírse, compungirse, etc., etc...

El día que Henry señalaba recepción palaciega, en los domicilios de la nobleza, previamente advertida por el Maestro de Ceremonias, armábase una batahola descomunal. Las señoras empezaban a prepararse sus toaletas recomendadas de antemano por el diligente Maestro. Los hombres ponían los pantalones bajo la almohada para que se marcara bien la raya. Luego ayudados por sus respectivas señoras «et ses servantes»—los de Madame la duquesa de la Mermelada, de Madame la Condesa de la Limonada, etc.—alisaban las casacas, portentosamente recamadas con flores, ramas, pájaros, todos de colores vivos—el naranja, el rojo—, logrando los más acabados contrastes.

En Sans Souci, vestía todo el mundo de gala. A la hora de la recepción, iban



—¡Si tenía muy buenas entrañas, hijo mío, y las luces muy espabiladas! dijo don Escalástica.

—Cuidado—previno don José—que, aun que tengáis frío, dejéis todas las noches la ventana de la cocina abierta.

—Y una mariposa para que se distinga bien la oscuridad—añadió su mujer.

—El Faro de San Sebastián—dijo con una especie de asomo de bosquejo de sonrisa el grave don José.

—No—observó su hermana—; el de San Cayetano, abogado de la Providencia.

CAPITULO VII

El eco

Eco, Hija del Aire y de la Tierra, amó a Narciso; mas viéndose desdeñada por ese amante de sí mismo, se retiró a las cuevas, los montes y los bosques, en los que la consumió su dolor, no quedando de ella sino la voz.

Mitología.

Merced a su disfraz, había llegado Leopoldo a Cádiz embarcado en el falucho que llevaba las frutas y legumbres al Rey, en vista de que la casualidad suele mirar a los que en ella confían, así como la prudencia suele desamparar cabalmente a sus más fervientes subordinados.

Una vez en Cádiz, Leopoldo se halló en su centro, rodeado de amigos y camaradas, y en sus glorias por haber salido del espantoso centro de servilismo, proponiéndose persuadir al Duque que lo demoliese, lo que contribuiría a modernizar el Puerto. Pero el día menos pensado, exclamó:—Pues para tan poco tiempo no fuera Príncipe yo—cuando se halló al Rey en su Trono absoluto, y a sí mismo «indefinido». Leopoldo hizo varias exclamaciones corajudas, ensartó una docena de maldiciones contra los «servitas» y los esbirros de la Santa Alianza, y se puso a tocar la flauta.

Había llegado a Cádiz la Condesa de la Enramada con su inseparable Margarita. Cuando fué Leopoldo a verla, miró de una manera feroz a la niña, que en cambio le dijo con su nunca atajada franqueza:

—¡Ay, Ardaz, en todas partes está usted! Yo pensaba que se hallaba usted para siempre en el castillo de «No volverás».

—Aquí estoy para servirte, hijita mía—contestó Leopoldo—. Te lo digo porque no me importa que lo repitas. ¿Sabes, señorita Eco?

—¿Eco? ¿Qué es Eco, Ardaz?

—La primera parte de una virtud muy apreciable, y que yo deseara que gastases en tus palabras, perla Eco.

—¡Mamaíta, que Ardaz me dice señorita Eco?

—Es un nombre muy bonito, mi corazón—repuso su madre.

—¡Pues no quiero, no quiero, no quiero!—repitió la niña alzando gramdualmente la voz—. Me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Eco—dijo con los labios, sin que se oyese, Ardaz, que era poco menos niño que su interlocutora.

—Mamaíta—dijo ésta desesperada—, prohíba usted a Ardaz que me diga Eco; me llamo Margarita, que quiere decir perla.

Perlesía—enmendó entre dientes Leopoldo.

—Hablando de eco, Ardaz, ¿ha oído usted hablar de uno muy famoso que suena en los fosos de Puerta de Tierra?—dijo la Condesa.

—Es la primera noticia que tengo—respondió el interrogado.

—¿Qué es eco?—preguntó la niña dirigiéndose a Ardaz, en vista de que su madre se acababa de levantar para re-

cibir a unas amigas a las que entraron.

—Ese eco es—le contestó Leopoldo— una niña muy amiga de repetir cuanto oye, a quien, para castigarla, ha preso en los fosos de Puerta de Tierra don Fulano Hércules, que fundó esta ciudad. Ya lo sabes; escarmienta.

—¿Y qué son fosos. Ardaz?

—Zanjas.

—¿Y qué son zanjas?

—Hoyas.

—¿Para guisar?

—Sí, al eco, que cuando hierve, suena muy bien.

—¿Quién?—dijo la Condesa, dirigiéndose de nuevo a Leopoldo—. No puede oírse cosa más linda que el sonido de una flauta en aquellos parajes. Ardaz, usted que toca tan bien ese instrumento, ¿podría proporcionarnos el buen rato de oírle allí? Estas amigas más lo desean tan vivamente como yo.

—Con el mayor placer, Condesa—contestó Leopoldo.

—Quedamos, pues, convenidos y aplazados para mañana a las dos de la tarde—dijo alegremente la Condesa.

—Yo también quiero ir—exclamó Margarita.

Leopoldo, que, como hemos dicho, era poco menos niño que ella, estuvo para decirle: «Si tú vas, no voy yo».

Al día siguiente fueron todos puntuales a la cita y se pusieron en camino, subiendo a la muralla por disfrutar de mejor vista y mejor piso.

—¿Dónde lleva usted la flauta?—preguntó Margarita a Leopoldo.

—En la petaca—contestó éste.

—¡Ay, qué chica es! A verla.

—No puede ser: en la muralla están prohibidas las armas.

—¿Pues qué, es un arma?

—Sí...; en caso de guerra sirve de pistola.

—Eso no es verdad...

—Qué fina eres, «perla» no oriental.

—¡Mamaíta, Ardaz no me quiere enseñar la flauta!

—En los fosos la verás, vida mía—le respondió su madre.

No habían andado diez minutos, cuando dijo la niña:

—Mamaíta, tengo sed.

—Hija, ¿qué te ha producido esa sed? ¿Te sientes indispuesta, mi corazón?

—No, sino que tengo mucha sed.

—Ardaz, allí veo a un rosquetero con vasos de agua; si tuviese usted la bondad de llamarle.

—Con mucho gusto, señora.

Y Leopoldo echó a correr, renegando energicamente de la niña.

No había llegado a la mitad de la muralla, cuando dijo la niña:

—¡Mamaíta, estoy cansada!

—¡Pobrecita mía!—repuso su madre compadecida—. Sentémonos un poco en este pretil para que descanses.

El diván de los pordioseros, pensó desesperado Leopoldo. ¡Dios sabe si habrán dejado en él reminiscencias animadas!

A poco, con la inestabilidad de los niños, Margarita se levantó, atravesó la muralla y se fué al lado opuesto que domina la bahía; mas siendo muy alto el parapeto, se puso a gritar:

—Ardaz, Ardaz, aúpeme usted, que quiero ver los barcos.

Leopoldo hizo como si no lo oyese.

—Adaz, ¿cuánto agradecería a usted—dijo la Condesa—que alzase un ins-

Con mi amores, Condesa.

¡Vamos ¡esto es insuportable!—iba murmurando Leopoldo al atravesar la muralla.— ¡Vaya con la zangoncita de la niña, que es preciso levantar en peso, como si tuviese dos años!

—Oye niña—le dijo alzándola del suelo lo suficiente para que su cabeza sobresaliese del parapeto, de manera que la niña apoyó en él sus manos y su barba—; oye, niña, ¿tú no vas a la amiga? —¿Y usted no va al colegio? Pues yo he visto en el de artillería en que está mi hermano, unos colegiales más altos que usted.

Un segundo después dijo Leopoldo: —Ya puedes haber contado los barcos, los faluchos y hasta las lanchas de la bahía—, y soltando de repente a la niña que tenía apoyada su barba en la piedra tosca del parapeto, se la desolló al caer, y prorrumpió en los más lastimeros ayes y quejidos.

¡Ahí fué ella!... La Condesa temblaba convulsa, sus amigas estaban a cual más azoradas y compadecidas. Lo que es Leopoldo, causante del mal, hacia el papel más desairado; sus muestras de interés eran rechazadas por la paciente con imponente rencor a punto de coger y arrojar por encima del parapeto un pañuelo de holán que Leopoldo le presentaba para estancar una mostacilla encarnada que se había asomado a la rozadura.

Pué preciso bajar de la muralla e ir a una botica, donde se aplicó a la lángrida doliente sobre su desolladura un papelito de estaza humedecido con agua y sal, y a instancias de la misma, que

llegaron y salvaron la puerta de la ciudad, puerta fuerte, colosal, revestida de su armadura de baluartes y parapetos armada de punto en blanco, que con su puente levadizo parece extender una mano amiga al que acoge, o levantarío como un puño amenazador contra el que como conquistador, quisiese penetrar en el recinto que guarda y que es el nunca profanado asilo del españolismo, pues aquella puerta nunca se abrió sino a la voz de ¡viva España!, aquel eco nunca repitió con su dulce acento sino ¡viva España!

Mientras nos hemos entretenido en considerar la puerta, habían bajado la Condesa y los que la acompañaban a los fosos; a Margarita se le había caído

Leopoldo que, como hemos dicho siempre se dejaba llevar por su primer movimiento, derecho, pronto sin detenerse, como salen las muñecas de muelle de

Hallábanse todos embebidos en el efecto encantador que producían los sonidos de la flauta, tan distinta como suavemente repetidos por el eco, y embalsamados por aquellas melodías aéreas, que se cernían entre murallas, fosos y baluartes como rayos de sol que hubiesen bajado a brillar y reir en un calabozo, cuando, sin haberlos notado venir, se hallaron a su lado el Capitán francés que estaba de guardia en la Puerta de Tierra acompañado de dos amigos, que habían sido atraídos por la magia de aquellas melodías gemelas.

Leopoldo, por su lado, respondió a los agentes de la conferencia, con el más perentorio:

—No toco; pero me hallo muy dispuesto a complacer al señor en su segunda exigencia.

Por más que la Condesa les hizo presente que un desafío en las circunstancias de entonces tendría para ambos contrincantes los más funestos resultados, y les proporcionaría los más trascendentales compromisos, ninguno cedía. ¡Cómo habían de ceder, si creían ambos, con mucha formalidad, que en aquellas insignificantes quisquillas estaba comprometido nada menos que... su honor! Nosotros los hombres nos burlamos del sexo bello; pero confesemos, inter nos, que a veces debemos los del sexo feo parecer muy ridículos al bello en particular cuando nos metemos a confeccionar códigos, que es nuestra parte flaca.

Entonces las señoras acudieron a las súplicas y a las lágrimas. El francés se mantuvo inmutable como el destino, impenetrable como una de las pirámides de Egipto, que son una de las maravillas del mundo. Pero Leopoldo que, a pesar de sus ligeros cascos, era un caballero, sintió haber y sobre todo, en presencia de señoras, dade lugar a aquella escena tragi-ridícula. Considerando esto, sacó su flauta con mucha cachaza, y dirigiéndose a las señoras:

—Conozco que he sido un imprudente, que he faltado a los miramientos debidos a señoras. Pero es de cuerdos reconocer su error, y de prudentes emendar su yerro. Voy a complacer, no a los señores, sino a ustedes a las que debo esta reparación.

Leopoldo tocó algunos compases, guardó su flauta, y se retiraron.

Las señoras iban tan satisfechas y tan agradecidas a la prueba de consideración que les había dado Leopoldo, que no sabían cómo demostrárselo y encomiar su fineza, su buen trato y su prudencia. Las pobres señoras no habían notado que al pasar cerca del Capitán le había Leopoldo entregado su tarjeta, en señal de que volverían a verse, y que por consiguiente, estaba muy lejos de merecer los justos y sensatos elogios que admitía el hipócrita con una modestia admirable.

Había Leopoldo entregado su tarjeta, porque decía de buena fe, según el «código de honor» de los espadachines, que en este lance estaba su «honor» comprometido. ¡Hasta este punto han llegado los varones con barba y sin ella, a tergiversar el sentido de la palabra «honor», que genuinamente significa gloria o buena reputación, que sigue a la «virtud», al «mérito» y a las «acciones heroicas», haciendo como ciertos salvajes, que llaman «dioses» a unos ídolos que ellos mismos confeccionan, a los ojos de los

—¡Ay!—dijo Margarita—; Arday no quiere tocar más porque han venido aquí esos oficiales.

—Espero que no será así—dijo el capitán saludando a las señoras—, y como



CONTINUA EN LA PAGINA 11

Vestigios de la Revolución FRANCESA



En Praga acaba de descubrirse la última carta que escribió María Antonieta, antes de subir al cadalso.

Estaba dirigida a Madame Elizabeth, hermana de Luis XVI, que fué guillotinado también

«La viuda Capeto» fué el nombre que los revolucionarios franceses pusieron a María Antonieta, después de la muerte de su esposo Luis XVI de Francia. (De un cuadro existente en el mismo Carnavalet, de París).

EL TESTAMENTO DE UNA INFORTUNADA REINA

En Oponiza, no lejos de Piestany, Checoslovaquia, se acaba de descubrir, en la biblioteca del conde Enrique Apponyi, el original de la carta-testamento que escribió en su celda, la noche que precedió a su ejecución, la reina María-Antonieta.

Este conmovedor mensaje se detiene bruscamente. Agotada de fatiga, la condenada se durmió. Se la despertó dos horas más tarde, y sabido es qué fisiología de mater dolorosa el pintor David, testigo de los últimos instantes de la reina cuando se encaminaba al suplicio, fijó para la posteridad en un extraordinario croquis. Prieur, miembro del jurado del tribunal revolucionario, y pintor de talento, esbozó también el retrato de la viuda de Capeto en la Conciergerie, —efigie que reproducimos en nuestro reportaje y que fué hecha algunos días antes que se consumara la terrible condena.

Al abandonar por última vez su calabozo, María Antonieta entregó la carta-testamento a su carcelero, rogándole que transmitiera el documento a su cuñada, Madame Elisabeth de Borbón, hermana de Luis XVI. Esta princesa, nacida en Versalles en 1764, había tenido por su hermano, el rey de Francia, un amor profundo y una abnegación absoluta, y durante los disturbios de la Revolución no se separó de él un solo instante, ni siquiera en los momentos más difíciles. Fué encerrada en el Temple con toda la Familia Real, y subió al cadalso en 1794, justamente cuando acababa de cumplir treinta años. Mostró un gran valor y sufrió el suplicio con admirable resignación.

La carta-testamento de la reina a su valerosa cuñada fué entregada al terrible fiscal Fouquier-Tinville (que murió más tarde guillotinado), quien se abstuvo de hacerla llegar a su destinataria. La preciosa epístola desapareció durante algún tiempo. El revolucionario Courtois la descubrió y la guardó para ofrecerla a la Familia Real. Pero, cuando Luis XVIII—hermano del Capeto supli-

cado—fué coronado rey de Francia, no se sabe por qué misterio sólo recibió el falso documento cuyo original era vendido en el extranjero por una suma fabulosa.

El descubrimiento de Oponiza causa sensación en el mundo sabio de Europa. María Antonieta escribió en su papel particular, la corona real está visible todavía por transparencia. Los aficionados afluyen a Piestany, y un norteamericano ha ofrecido ya veinte mil dólares por esta carta que el conde Appony, coleccionista de manuscritos raros, se negó a vender. ¡Intentará el Gobierno francés recuperar para sus museos esta reliquia histórica que le pertenece?

EL ULTIMO MENSAJE DE LA REINA

¿Qué dice este mensaje? Intentemos traducirlo literalmente para nuestros lectores, a fin de que conserve—intacta y pura—la emoción de la infortunada que lo escribió—a modo de postrera voluntad—, pocas horas antes de escalar los peñaños del cadalso, en la Plaza de la Revolución, hoy Plaza de la Concordia.

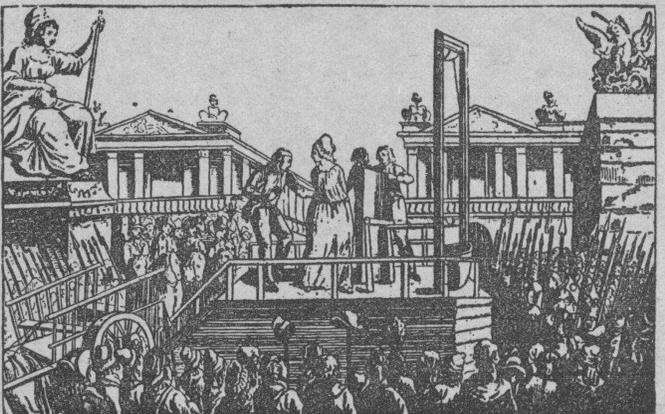
María Antonieta (viuda por la muerte de Luis XVI) se dirige a su cuñada, Madame Elisabeth, hermana del rey, guardiana ahora de sus hijos:

«Es a tí, querida hermana, que escribo por última vez. No se me ha condenado a una muerte vergonzosa, sólo lo es para los criminales, sino a unirme a tu hermano. Estoy tranquila como puede estarlo cuando se tiene la conciencia pura. Inocente como el rey, espero que será digna como él hasta el fin.

«Mi mayor dolor es abandonar a mis pobres hijos. Tú sabes que es por ellos por lo que viví, y por tí, mi buena, mi tierna hermana.

«Esperemos que un día, cuando sean más grandes, ustedes puedan reunirse y que ellos puedan gozar de tus tiernos cuidados. Que se acuerden ambos de lo que no he cesado de enseñarles, que los principios y la observación de los deberes son la base fundamental de la vida, que la amistad y la confianza que se profesen mutuamente los hará feliz. Que mi hija comprenda que, siendo la mayor, deberá ayudar siempre a su hermano, que mi hijo prodigue a su hermana todos los cuidados, todos los servicios que ella tenga necesidad. Que los dos sientan, en fin, que sólo en la concordia se puede verdaderamente ser fe-

con ilustraciones del Museo Carnavalet de París



Una estampa existente en el Museo Carnavalet, de París, que perpetúa el instante del ajusticiamiento de María Antonieta.

Elisabeth de Borbón, hermana de Luis XVI, a la que los revolucionarios bautizaron con el nombre de «Mme Elisabeth».

liz. Que tomen ejemplo de nosotros; ¿cuántos consuelos nos valió nuestra amistad? ¿Puede haber amigos más sinceros que la familia? Que mi hijo no olvide nunca las últimas palabras de su padre. Que no trate de vengar jamás nuestra muerte.

«Muerdo en la religión católica, apostólica y romana, la religión de mis antepasados, en la cual fui educada. Como no puedo contar con los consuelos de la religión, no sabiendo si existen todavía sacerdotes de esta religión y que el lugar mismo en donde me encuentro los pondría en peligro si vinieran a verme, pido perdón a Dios por todos los pecados que pueda haber cometido durante mi vida. Espero que en su bondad atenderá favorablemente mis últimas oraciones, haciéndome participar de su misericordia y de su bondad.

«A tí, querida hermana, como a todos los que conozco, pido perdón por todas las penas que, sin quererlo, hubiera podido causarle. Perdono a todos mis enemigos por todo el mal que me hicieron y doy un último adiós a las tías y a todos mis hermanos y hermanas. Tuve amigos. El pensamiento de estar separada de ellos para siempre me causa sufrimientos que tomaré conmigo en la hora de morir. ¡Que sepan al menos que mi último pensamiento habrá sido para ellos!

«Adiós, mi buena y tierna hermana. Ojalá que esta carta llegue a tu poder. ¡No me olvides! Te abrazo con todo corazón como abrazo y beso a mis pobres queridos hijos. ¡Dios mío! ¡Cómo es desgarrador separarse de ellos para siempre! ¡Adiós! ¡Adiós! No voy a ocuparme ya sino de mis deberes espirituales; como no soy libre en mis acciones, acaso se me envíe un sacerdote».

Muerta de cansancio, se durmió después de escritas estas últimas palabras... Dos horas después, se le despertaba para conducirla al cadalso. Sus últimos instantes fué una lección de firmeza y de noble dignidad. La propia mano del verdugo tembló ante la santa mujer que caía por el crimen de haber sido reina, —la escogida de Luis XVI.

C. D. M. París, enero, 1938.

EL LOCOCARRIL POR FONTAINE FOX

DON ANACLETO
EL MALHUMORADO



“¡ CARAMBA, HOY TENGO TINO PARA JUGAR AL GOLF! ¡ ESTOY SOBERBIO! ”

“ ACIERTAS TODOS LOS HOYOS, PAPA. ¡ HAS MEJORADO EN LA PRÁCTICA! ”

“ ¡ VAYA, PRIMERA VEZ EN MI VIDA QUE VEO A DON ANACLETO DE BUEN HÚMOR! ”

“ ¡ MAMITA, VEN PARA QUE VEAS LO BIEN QUE PAPA ESTÁ PRACTICANDO AL GOLF! ¡ TIENE MUY BUEN HÚMOR HOY! ”

“ ¡ AH, PUES AHORA ES LA OPORTUNIDAD DE MOSTRARLE LA CUENTA DE LAS PROVISIONES PARA QUE LA PAGUE! ”

“ ¡ TENGO QUE ENCONTRAR ESA SIN PÉRDIDA DE TIEMPO! ”

“ ¡ NO CABE DUDA! ¡ SOY UN EXPERTO! ”

“ ¡ HACE UN MES QUE, ESTOY ESPERANDO QUE ESTE DE BUEN HÚMOR! ”

“ ¡ TODOS LOS GOLPES MAGNÍFICOS! PERO QUISIERA SABER..... ”

... POR QUÉ LO HAGO TAN BIEN EN LA PRÁCTICA Y CUANDO ESTOY JUGANDO UN PARTIDO ME FALLAN TODOS EN ABSOLUTO! ”

Vida DE UN Galan JOVEN



Wynne Morris y Priscilla Lane, de quienes se rumora un idilio en Hollywood.

Hollywood.

POR lo que dicen los periódicos me entero con sorpresa de que acabo de pasar una de las semanas más activas desde mi llegada a Hollywood. Según los comentaristas, he asistido a ocho sitios diferentes, y en seis de los casos me han visto acompañado de una muchacha distinta. ¿Qué puedo hacer ante esta publicidad, a pesar de que carece de fundamento?

Quizás los agentes de prensa crean que esto es magnífica publicidad para un artista, pero a mí me parece que da muy malos resultados, desde el punto de vista de la familia y de las muchachas de quienes soy amigo. A veces pienso que hay otras dos personas que se asemejan a mí, o que tengo cualidades de prestidigitador y transformista que me traerían una fortuna si las practicara.

Lo que más agota a los artistas de Hollywood—y lo que más dinero les cuesta—no es tener que vivir en la misma categoría de las estrellas de cartel, sino verse obligados a realizar una serie de arduas actividades con el propósito de satisfacer los deseos de los periodistas y reporteros de la radio.

Cada vez que me siento a desayunar y noto que la familia me mira con extrañeza, supongo que en los periódicos se ha publicado algún artículo referente a mi conducta. Ya me he acostumbrado a no relatar mis experiencias de la noche anterior hasta después de leer los periódicos, para enterarme de lo que cuentan de mí en las noticias. Una vez que me entero de mis propios pasos, aunque los periódicos no tengan razón, acepto lo que dicen y me invento una historieta explicando por qué he estado—aunque no haya estado—en los lugares en que informan que se me ha visto.



Antes de Priscilla Lane, Morris acompañaba a Shirley Lloyd (izquierda) y se le veía con frecuencia con Veda Ann Borg (derecha).

Todo es formar el hábito de decir mentiras. Me he transformado en un experto en esto de hablar de personas a quienes no conozco y de lugares que no he visitado, y a veces ya no puedo ni siquiera determinar la verdadera verdad de las cosas.

ES cierto que me gusta pasear, porque soy joven y tengo mis entusiasmos, y además porque no necesito dormir mucho. Antes de iniciarme en la carrera de actor paseaba y me divertía tanto como ahora, con la diferencia de que ahora todo el mundo está interesado en lo que hago y el único que no tiene derecho a vivir como le gusta soy yo. Alguien me ha convencido de que no debo oponerme a la publicidad, por exagerada que sea, siempre y cuando que delecten mi nombre con absoluta corrección.

A mí me agradan los teatros, los cabarets, las muchachas y todas las diversiones que le agradan a la gente de mi edad. Otra cosa que me gusta es pasear en compañía de una amiga por el Bulevar de Hollywood y mirar las vitrinas, sin detenerme, desde luego, frente a las

joyerías, por temor de que al día siguiente mi mamá lea en los periódicos que he estado comprándole a mi novia una sortija de compromiso porque pienso casarme. ¡El día en que, efectivamente, haga eso, no puedo imaginar lo que los periódicos serían capaces de publicar!

Cuando tengo trabajo que hacer en el estudio, dedico la mayor parte de las noches a dormir. Cuando no estoy trabajando, acostumbro acostarme tarde si me lo permiten los murmuradores, y a veces estoy divirtiéndome hasta el amanecer.

Por lo común no tengo citas con muchachas, por lo menos en la mitad de las veces que salgo de paseo. Willard Parker y Johnny Davis son los dos amigos que suelen salir conmigo y en ocasiones visitamos hasta media docena de lugares de diversión en una noche con el propósito de pasar un rato agradable. Hasta la fecha no hemos tropezado con dificultades, pues yo no bebo licor, aunque es posible que de vez en cuando tome un vaso de cerveza.

Desde que estoy trabajando en películas he deseado firmemente tener una amiga predilecta que me acompañe a todas partes siempre. Mientras la encuentro, salgo con amigas que me presentan en el estudio o fuera del estudio. Los que me acusan de estar muy metido en parranda no comprenden que sólo hago lo que hacen los jóvenes de mi edad, sin excederme de los límites de la prudencia, como muchos otros que viven y se divierten desenfundadamente.

SIEMPRE que no estoy haciendo películas prefiero alejarme de Hollywood. Una vez fui en automóvil a San Francisco, acompañado por mi mamá, que acaso se puso nerviosa con motivo de la velocidad del viaje, pero sin protestar en absoluto de mi modo de conducir el vehículo. También hemos ido en grupo hasta Ensenada y a pasar unos días acampados en las inmediaciones de Bishop, para gozar de la vida al aire libre. Durante este viaje me enfermó y el médico de la localidad dijo que estaba padeciendo de un ligero ataque de parálisis infantil. Esto me llenó de miedo e inmediatamente me devolví a casa, para estar al lado de mi madre, porque nunca en mi vida he estado enfermo.

Debo confesar que pertenezco a la clase de hombres que cuando quieren ir a un sitio van, aunque los demás acompañantes se queden. Muchas personas a quienes respeto me han dicho que soy un muchacho consentido; muchos individuos más darían cualquier cosa por pegarme hasta que perdiera el don de sonreír; pero en cambio son numerosas las personas que me aseguran que mi cara es mi fortuna, no porque tenga atractivos, sino porque da una impresión de estupidez y de buena disposición.

Era de esperarse que infinidad de personas opinaran que soy un presumido y que me gusta lucir el don de la sonrisa, pero es esta una cuestión que no puedo cambiar, ya que precisamente a ella le debo mi actual contrato de cine.

Desco, sin embargo, advertirle a los periodistas, que son muchas las noches que paso asistiendo a encuentros de boxeo o jugando en las cajas de recreo en las boticas. Posiblemente me convendría más ir a la ópera o leer libros para ampliar los elementos de mi cultura, pero es que en los últimos meses apenas he tenido tiempo para calmarme con las sorpresas que he recibido en mi carrera.

TODO lo que conozco de las parrandas y diversiones de que hablan por ahí es lo que leo en los periódicos. Mi hermano menor escudriña las columnas de noticias y cuando encuentra algo que se refiera a mi vida nocturna me lo muestra con los correspondientes comentarios humorísticos que se le permiten a un hermano.

Confieso sinceramente que me estoy divirtiendo de lo lindo. Me estoy divirtiendo, como en sueños, porque hace dos años no podía imaginar lo que me está pasando, y hasta hace un año estaba convencido de que no debía alimentar la ilusión de llegar a ser nada en el lienzo. No me incomoda, por tanto, que la gente se sorprenda de mis reacciones ante el hecho del triunfo que me ha sido dado alcanzar, pues estoy convencido que nadie se acordará de mí el día que no cuente para nada en los elencos cinematográficos.

Mientras mi estrella brille un poco, me parece que tengo derecho a vivir mi edad, como lo haría cualquier joven a quien todavía no lo ha visitado la fama.



La cartera estilo silla de montar de Gloria Stuart.

Bosquejos de Louise

Chaquetilla bolero y cinturón de cuero adornado con piedras de colores, para Rosemary Lane.

La mochila de vaquero con remaches niquelados.

Modas de Vaquero

Por SARA DIEZ

Hollywood.

TENIA que cumplir-se la profecía en los estilos desde que empezó a tomar cuerpo aquí la boga de las películas de vaqueros. Actualmente, los diseñadores de la Meca cinematográfica, están dándole marcada preferencia a la creación de modelos de ropas que recuerdan la leyenda del oeste, con sus tartanas y sus poteros y sus extensas manadas de ganado salvaje. La nueva tendencia ha hecho su aparición principalmente en la indumentaria de sport, tanto en los modelos que usan los que practican el deporte como en las ropas que llevan los espectadores. El tema del día entre los modistos es la presentación de los motivos del oeste, como anticipo de lo que han de ser los estilos de primavera y verano en el presente año.

Una de las empresas que se especializa exclusivamente en géneros estampados, acaba de lanzar varios diseños de California, entre ellos una tela decorada con cámaras, altoparlantes y otros accesorios cinematográficos. Otro de los diseños representa el puente de San Francisco; otro, muy usado en el material Lastex para trajes de baño, es una palma de coco; y hasta hay materiales de satén decorados con flores de cactus.

Alma Norton Duffil ha confeccionado una serie de accesorios de gran novedad usando en profusión los materiales de cuero. Los cinturones y las carteras de esta clase son los preferidos por las artistas del lienzo, que ven en Miss Duffil una especie de inmortalizadora del indio y el vaquero del oeste. Véase la colección de carteras a imitación de las bolsas que llevaban los pioneros en sus sillas de montar para guardar el oro, y los cinturones estilo cinchas de caballos que se están poniendo en exhibición en todas partes, y habrá que convenir en que la Duffil ha descubierto una mina para el negocio.

NACIDA en el sur de California, donde aprendió las triquiñuelas de la equitación, Alma Norton conoce a fondo los menesteres del vaquero. Me ha confesado que se dedicó a diseñar y confeccionar accesorios de vestir porque nunca encontraba los que a ella le agradaba llevar. Cree que para vestir bien lo fundamental es adoptar un tipo sencillo de indumentaria y luego completarlo con accesorios variados y llamativos. Las amigas revelaron un gran interés por las carteras y cinturones que usaba y poco a poco su casa se transformó en un taller de accesorios a donde acudían los clientes por docenas.

El otoño pasado empezó a confeccionar cinturones de cuero grueso con adornos niquelados o piedras de colores como las que usan los vaqueros para decorar sus atavíos. Irene Bury confeccionaba vestidos de terciopelo para la hora del cóctel y los combinaba con estos cinturones, y el efecto fué tremendo entre las mujeres de Hollywood. Al notar la sensación que tales vestidos causaban, a Irene se le ocurrió la idea de usar cuero para adornar otros accesorios propios para la hora del cóctel. Diseñó una chaquetilla estilo bolero mejicano, como las que usan los toreros, y le adornó los hombros de piedras de colores. Acompañó la prenda de un cinturón igual y la puso inmediatamente en circulación entre las inmortalizadas de la elegancia.

En una fiestecita celebrada recientemente tuvo el gusto de saludar a Rose-

mary Lane, de los estudios Warner, que figura en el reparto de la cinta Hotel de Hollywood, con una de estas chaquetillas de cinturón, ambos color de vino, sobre un vestido sencillo de crepé verde. La combinación era de un efecto impresionante.

Y qué me diría la lectora si le revelara que Alma ha confeccionado para las fiestas de tarde una cartera cilíndrica de piel de cabro, en rojo o negro, con cinturón igual, sin decorado o con remaches niquelados, y forrada interiormente de sedas finas? Este precioso accesorio se cierra por medio de un abrochador automático zipper con lengüetas de cuero.

Cuando la señora Duffil conoció a la diseñadora Muriel King de Nueva York, que le confecciona las ropas a Katharine Hepburn y estuvo recientemente en Hollywood para supervisar el vestuario de la insigne artista durante la filmación de la cinta Entre Bastidores, Miss King se le quejó de que nunca había podido encontrar una cartera suficientemente grande para acomodar todas las cosas que acostumbra llevar consigo una mujer. En seguida Alma hizo la primera cartera tipo silla de montar, usando sude negro, y le puso las iniciales de Muriel con cabezas de clavos niquelados. El mango de esta cartera es tan grande que se puede llevar colgada al brazo o del cinturón, permitiendo así el uso libre de ambas manos. Miss King quedó encantada con el obsequio y se lo mostró a

todo Hollywood, iniciando con ello la moda que hoy ha dominado a Cinelandia. Alguien le sugirió a la Duffil que esta cartera resultaba muy cómoda para ir al hipódromo de Santa Anita, pues las mujeres podían llevar en ella, además de todos sus efectos, los programas y tarjetas de anotaciones de las carreras, lámpicas, chicle, e infinidad de artículos adicionales. Gloria Stuart se mandó a hacer una de piel de ternero en blanco y negro, precisamente para ir al hipódromo. Huelga añadir que el accesorio ha sido bautizado con el nombre de Santa Anita.

AL CONOCER la noticia de que la Duffil estaba revolucionando los estilos de accesorios con las carteras de cuero, un fabricante de sombreros le ha encargado que prepare una banda para un modelo de sombrero del oeste, con cartera y cinturón de la misma factura. Así surgió la cartera estilo mochila de vaquero, que parece un pañuelo con las puntas paradas hacia arriba. Todas las piezas están confeccionadas de cuero, igual que la banda del sombrero y el cinturón, y decoradas con remaches de níquel. Cecilia Parker se ha comprado un juego que usa para acompañar su vestido sport color amarillo crema, y que es de gran novedad.

ROD RIAN

DE LA POLICIA INTERPLANETARIA

Por PAUL H JEPSON



Myra la Intrépida



MYRA LA INTRÉPIDA Y JACK TRATAN DE AVERIGUAR LAS SALIDAS DEL PALACIO SUBTERRÁNEO. LING SIN ESTÁ ESPÍANDOS POR MEDIO DE UN APARATO CIENTÍFICO EN SUS LABORATORIOS

MYRA CREE QUE HAN DESCUBIERTO UNA PUERTA QUE LES PERMITIRÁ HUIR. JACK SE ACERCA Y CUANDO VA A PONER LA MANO EN UNA VÁLVULA, LA PUERTA SE ABRE AUTOMÁTICAMENTE....



¿QUÉ, MYRA, NO QUIERES INTENTAR FUGARNOS?

¡SÍ, PERO DEBEMOS LLEARNOS EL ANTÍDOTO QUE CURA LA PLAGA "X"!



¡TIENES RAZÓN, Y ADEMÁS NO HEMOS AVERIGUADO SI LEW WEN ESTÁ AQUÍ!

JACK, TENEMOS QUE FORMULAR UN PLAN CUIDADOSO. LING SIN SERÁ UN GENIO, PERO A MÍ ME PARECE QUE ES UNA LOCA CAPAZ DE ASESINAR!

MIENTRAS TANTO, LING SIN Y SU AYUDANTE EL DR. WU HAN SINTONIZADO EL RECEPTOR TELEPÁTICO....



¿LE AGRADA A SU ALTEZA LO QUE PIENSAN SUS HUESPEDES?

¡HEMOS TOLERADO DEMASIADO!



ESTO PRUEBA LO VALIOSO QUE ES EL RECEPTOR TELEPÁTICO PARA NUESTRO PROYECTO. DESCUBRIREMOS LAS CONSPIRACIONES CONTRA EL GOBIERNO ANTES DE SER ORGANIZADAS..



¿ESTÁS SEGURA QUE GUARDO EL ANTÍDOTO AQUÍ?

¡SÍ, EN LA TABLILLA!

AL PENE- TRAR EN EL CUARTO DEL RAYO VERDE, MYRA Y JACK SE DAN CUENTA DE QUE EN UN RINCÓN ESTÁ UNA FIGURA HUMANA.



¡CUIDADO MYRA! DETRÁS DE ESA MESA HAY ALGUIEN!

¡POR DIOS, JACK! ¡SI ES LEW WEN!

¡SEÑORITA MYRA-JACK--! ¿ESTOY VIENDO VISIONES?



¿LEW, QUÉ HACÉS AQUÍ?

ESTOY ABSORBIENDO RAYOS MEDICINALES. VENGO TODOS LOS DÍAS A SERVIR DE VÍCTIMA PARA LOS EXPERIMENTOS DE LING SIN!



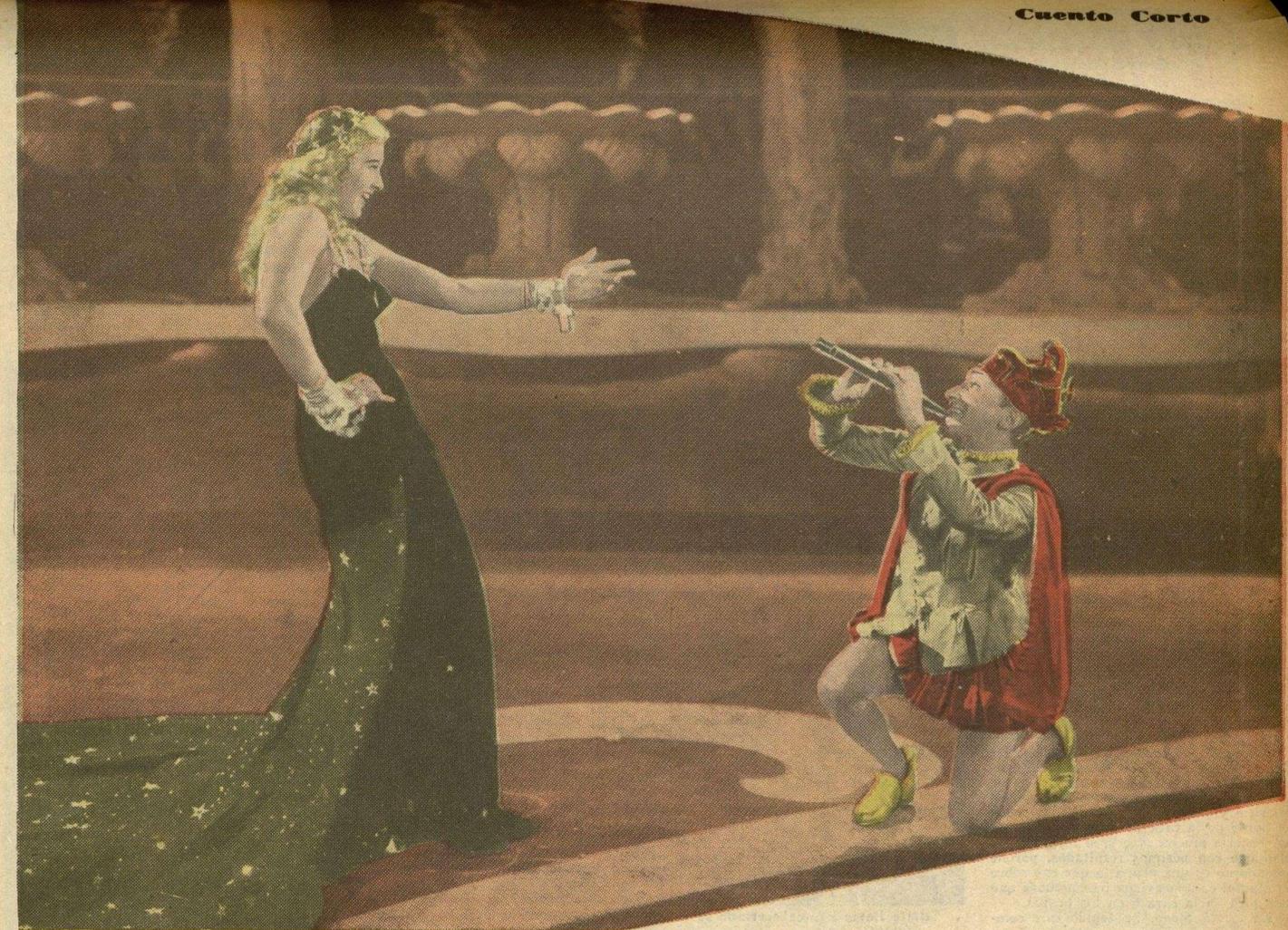
¡ESTO ES MONSTRUOSO! ¡SALGAMOS DE AQUÍ AHORA MISMO! ¡MYRA, TRAE EL ANTÍDOTO!

PERO.. CUANDO LOS TRES SALEN AL VESTÍBULO DEL CUARTO DEL RAYO VERDE--



¿AH, MIS LEALES SERVIDORES INTENTABAN ESCAPAR?

¡YA VERÁS, MYRA, COMO NO HAY MICROBIO MÁS PELIGROSO QUE UN GOLPE A LAS QUIJADAS!



Por Sidney Davis

La Escena PERFECTA

Sobre un muchacho que tenía alma de actor y no podía negarla en ningún momento, aunque le costara perder la oportunidad de su vida.

Por eso me quedé espantado al oírlo expresarse en la forma que se expresó. Brockstein le preguntó cómo le iban las cosas, y aunque no esperábamos que nos hiciera una historia llena de amarguras, tampoco estábamos preparados para oír la respuesta que nos dió:

—¡No muy mal, amigos, no muy mal! Me alegro mucho haberlos encontrado, porque así puedo despedirme. Acabo de firmar un contrato con una compañía de Hollywood. Me marchó en el tren expreso a las 4 de la tarde. ¿Por qué no me acompañan a la estación central y me dicen adiós?

El muy loco no tenía un real en el bolsillo. Posiblemente, la suela de sus zapatos estaba rota, y sin embargo, acababa de despreciar la única oportunidad de trabajar como actor que se le había presentado en los últimos dos años en Nueva York.

Yo estuve a punto de lanzar un grito; de agarrarlo por los brazos y sacudirlo violentamente; de subirme a la marquesina y hacerle señas misteriosas para que comprendiera la situación. La turbación que me produjo fué tal, que no acerté a decir una palabra.

Lou Brockstein se cambió el cigarro de un lado para el otro de la boca, miró al muchacho seriamente y le dijo:

—¡Me alegra que hayas tenido esa suerte! Ojalá que salgas bien. No puedo acompañarte a la estación del tren, pero me despido de tí sinceramente y con los mejores deseos.

LE DIO un apretón de manos y lo dejó seguir su camino. Aquello era como el beso de Judas. Desde aquel día no he vuelto a verlo, y muchas noches me he despertado pensando en él, sin poder conciliar el sueño recordando la escena del teatro. A las maldiciones que le eché a Brockstein el día del incidente, éste respondió con una explicación mortificante y seca:

—¡Tú no conoces el negocio de teatro! Este muchacho hizo una escena perfecta. No podía humillarlo, quitándole la careta. Tenía alma de actor. Después de lo que dijo, no correspondía ofrecerle trabajo, y él tampoco lo hubiera podido aceptar. Tú no comprendes este negocio de teatro. ¡Aquel muchacho tenía alma de actor!

De modo que el joven gastó las suelas de sus zapatos y gastó su alma, o casi toda su alma, y lo que le sobraba ya no bastaba para triunfar, sino que posiblemente habría de llevarlo al fracaso.

Comía en el Club de los Actores, como tantos otros que se acogen a la hospitalidad de esta buena casa de amigos y colegas que no vacilan en ayudar a un compañero en desgracia. Otros muchos jóvenes de buena presencia también cenaban allí, como invitados del Club. A dónde dormían es un punto que no podríamos dilucidar. Eso lo soluciona el actor después que se ha alimentado y sale a la calle...

PRECISAMENTE en la calle, frente al teatro de Lou Brockstein, tuvo lugar la pequeña discusión de que hablaba al comienzo de este relato. Estábamos parados debajo de la marquesina cuando vimos que el joven de referencia venía caminando en nuestra dirección. Brockstein estaba organizando el reparto de una obra que yo había leído y en la que se necesitaba un galán de 18 años. Al ver al muchacho, le indiqué a Brockstein que era lo que necesitaba para completar el personal. Y Lou, que era un hombre generoso, y que conocía al joven, movió la cabeza en señal de aceptación.

Cuando llegó cerca, mi amigo lo detuvo y lo saludó. Yo sentí llenarse el corazón de regocijo. Nada hace tan feliz a uno como ver terminadas las agonías de otra persona. Todos hemos sentido esta sensación de alegría al ver a un hombre que está en malas condiciones económicas salir de sus dificultades y empezar a trabajar. Puede ser una persona decente. Una persona capacitada. Una persona merecedora. Vestirá mal y le brillará en los ojos el fantasma de la necesidad. Pero en el fondo, hay una persona que es oro molido.

MÍ AMIGO Brockstein continuaba repitiéndome que yo no conocía la vida ni el negocio de teatro, y yo no quería discutirle porque estaba cansado, y además porque aquella polémica no nos iba a llevar a ninguna parte. En mi fuero interno estaba convencido de que Brockstein estaba equivocado, pero no había manera de probarle que era así.

Todavía hoy me haría un gran bien no seguir pensando en aquel muchacho, porque en el mundo existen otros oficios y tal vez él pueda haber triunfado en uno de ellos. Por el contrario, si le ha ido mal... ¡Es terrible sentirse apenado por un ser, y tener tan blandido el corazón que se derrita ante las vicisitudes ajenas!

Aquel muchacho tenía 27 años de edad, pero podía representar cualquier papel de galán sin necesidad de pintarse la cara. Y era un buen actor, muy capaz de hacer a satisfacción cualquier personaje, pero durante un par de años no había logrado conseguir trabajo en ninguna compañía. Cosa corriente entre los profesionales de la farándula, que de golpe pierden el compás y no aciertan a mantenerse dentro del ritmo del negocio. A veces la situación lo explica todo. O explica en parte el desempleo de los actores. Pero si un actor posee talento, como éste, es lógico que consiga por lo menos algo que hacer, mientras que en el caso que nos ocupa ni siquiera eso sucedía. Unos empresarios le decían que era muy viejo para galán; otros le decían que era muy joven; y otros, que alguien se le había adelantado en la solicitud.

La Mesa en Hollywood

Por Graciela Rivas

Hollywood.

TENGO una amiga que después de ver una mesa preparada para la cena en una de las películas de la Garbo, corrió presurosa a su casa para copiar los detalles que acababa de contemplar en el estudio. Buscó un vestido de terciopelo negro y lo descosió hasta hacer una sola pieza; lo mandó a la lavandería y lo usó de mantel esa misma semana con motivo de una comida que le daba a sus amistades. Aunque los cubiertos no eran de oro genuinamente macizo, se veían magníficos. En el centro de la mesa colocó un receptáculo dorado con flores amarillas, y candelabros dorados con velas negras, tal y como los había visto en la mesa de la Garbo.

Todo el mundo el sueña con poder presentar la mesa a sus invitados en una forma original y bella. A veces sólo logramos colmar nuestra ilusión viendo reproducidos en el cine los detalles que inquietan nuestra mente, pero eso es mejor que nada y apacigua un poco nuestros deseos.

A mí me persigue la ilusión de poder tomar el desayuno bajo la sombra de los árboles, entre la fragancia de las rosas, mientras algún pétalo se desprende de su sitio y cae sobre el mantel azul o en el borde de la taza de café. He intentado hacerlo muchas veces, si bien es verdad que con pésimos resultados, porque cuando no es una oruga la que cae sobre el mantel es una avispa irrespetuosa que nos pica en la cara o en los brazos.

En cierto modo, he tenido mis com-



Bette Davis a la cabecera de su mesa en una escena de la cinta "Jezebel"



Priscilla Lane (derecha), Bárbara O'Neill y Wayne Morris, en un desayuno ideal.

no comedor de la casa de un hombre de buena posición económica, el padre de Morris, que se supone era profesor de la Universidad de Yale. Las piezas de plata en que se servieron los manjares estaban colocadas sobre una estufa de alcohol para mantener caliente el jamón y los huevos revueltos mientras los comensales comían tan despacio como querían. El receptáculo del café, los saleros y la bandeja también eran de plata; los platos, tazas y platillos, de porcelana de Bavaria, decorada alegremente. Sobre el mantel con borde tejido al crochet descansaba un receptáculo con flores silvestres amarillas, completando así un conjunto armonioso y que pondría de buen humor a cualquiera por la mañana. Tan pronto vi este desayuno me fui en busca de Fred MacLean, que hace 20 años se dedica a preparar mesas para las

escenas de las películas. Fred me advirtió que cuando comete una equivocación recibe miles de cartas del público, que le llama la atención hacia los errores. Si la lectora abriga dudas sobre las reglas que deben seguirse al preparar la mesa, bien sea en relación con la posición de los cubiertos o los platillos de la ensalada, o para decorar el mantel, consúltese con MacLean, el perito de los estudios Warner. En una misma mañana arregla mesas del siglo 12 o del 1850 y el 1938, sin necesidad de devanarse los sesos, pues sabe al dedillo los requisitos de cada época.

"En el siglo 12 —dice— había que respetar cierta ética cuando llegaba la hora de cenar, aunque todavía no se habían inventado los tenedores y los cuchillos tal y como los conocemos hoy. Tampoco había servilletas, y lo único que se usaba

entre la gente rica eran las cucharas.

"Estas cucharas —continúa relatándonos— servían para los alimentos suaves, como el pastel y el pudín. La carne dura se cortaba con dagas afiladísimas y se conceptuaba correcto limpiarse la boca con el mantel. La sal se colocaba en un receptáculo grande donde todos los comensales metían la carne antes de comerla. El azúcar era un lujo que solamente los ricos podían gozar, y eso en pequeñas cantidades. Después de comer, los que se habían sentado a la mesa tenían que lavarse la cara y las manos en palanganas de agua.

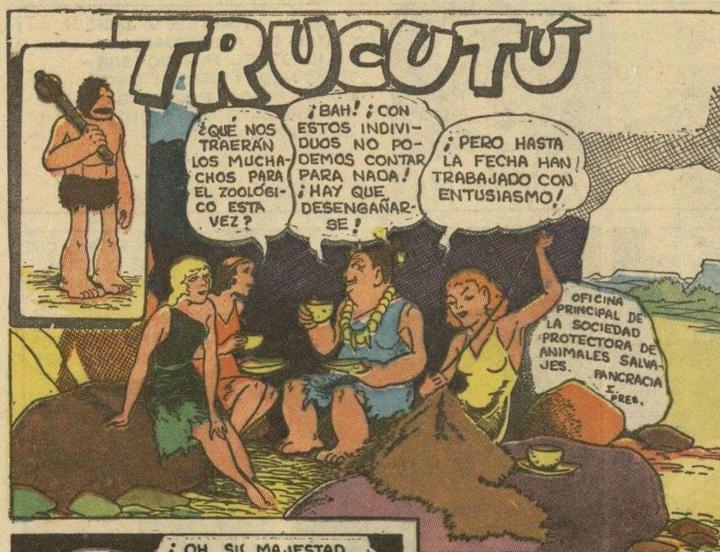
"El esplendor de las mesas medioevales consiste en los jarros de metales pesados, los cuernos para beber el vino, las grandes cacerolas de carne y de frutas, las dagas afiladas para partir los manjares y los vestuarios resplandecientes de los comensales. Todo esto, trasladado al cine en colores, es de un efecto imponente para el espectador moderno."

SALIMOS de aquel recinto y nos dirigimos al taller donde se filmaba la película Jezebel, en la que Bette Davis hace el papel estelar. Había una escena de comedor, con la mesa cargada de cosas encantadoras. El mantel era de encaje sobre un tapiz de seda color de rosa. En el centro se destacaba una maceta de gardenias que brillaban a la luz de las velas. Los platos eran de plata sólida, las copas de vino de cristal rosado, labradas con decoraciones italianas, candelabros de plata y vajilla de porcelana francesa, según se acostumbraba en la ciudad de Nueva Orleans en el año 1853.

Sobre la mesa había un gran abanico manipulado por un sirviente negro que permanecía parado detrás de la cabecera. Por los preciosos vasos de Sevres, los candelabros y demás exquisiteces del servicio, se veía que aquello representaba la avanzada cultura francesa.

Aprovechamos para visitar el taller de trabajo de Mervyn LeRoy, que observaba en aquellos instantes una escena de comedor en la que tomaban parte Fernando Gravet, Carole Lombard, Marie Wilson e Isabel Jeans.

"Es un placer preparar mesas modernas como esa, —me dijo MacLean— en las que se pueden utilizar varios juegos de colores. Resulta de un gran atractivo, por ejemplo, combinar los matices mo-



¡UN CIRCO! ¡NOS LLENAREMOS DE DINERO DANDO FUNCIONES!

ASÍ SURTIÓ LA IDEA DEL CIRCO REAL DE GUZILANDIA



A FIGURA CENTRAL DE ESTA DISQUISICIÓN SOBRE LA EDAD DE LA ESPECIE HUMANA ES EL MÁS ALTO TIPO DEL "HOMBRE MONO". LA ILUSTRACIÓN QUE APARECE AQUÍ DE ESTE HOMBRE NEANDERTALIANO HA SIDO TOMADA DEL ESPÉCIMEN RECONSTRUIDO POR FREDERICK BLASCHKE, DEL MUSEO FIELD DE HISTORIA NATURAL. LA ESTATURA PROMEDIO DE ESTE TIPO NO PASABA DE 64 PULGADAS; CAMINABA CON LA CABEZA ECHADA HACIA ADELANTE; TENÍA ESTRECHA LA FRENTE Y LAS CEJAS ABULTADAS Y POR LAS FACCIÓNES BRUTALES DE SU ROSTRO SE ASEMEJABA MÁS A UN MONO QUE A UN SÉR HUMANO. SIN EMBARGO, TENÍA EL CEREBRO TAN GRANDE COMO EL DEL HOMBRE MODERNO, AUNQUE SIN ESTAR BIEN DISTRIBUIDO, Y DOMINÓ EN EUROPA DURANTE 100,000 AÑOS.



penaciones asistiendo a escenas cinematográficas en los sets en que trabajan las estrellas de mayor renombre. Entre mis gratas experiencias está la de haber visto a Marlene Dietrich y Gary Cooper tomando el desayuno de mi predilección, bajo los árboles, y bajo la experta dirección del mago Ernst Lubitsch. Sentada en mi butaca en el cine casi aspiraba el perfume de las rosas, y suspiré con tal intensidad que el individuo que estaba a mi lado protestó porque no pudo oír lo que le decía la Dietrich a su compañero

EN LOS estudios Warner he presenciado un desayuno de lo más hermoso que puede imaginarse. Los comensales eran Wayne Morris y su reciente esposa (en el cine) Priscilla Lane, que habían ido (en la película) a visitar a la madre de Wayne, caracterizada por la actriz Bárbara O'Neill. Este desayuno fue servido en el peque-

ernos del ámbar, la amatista y el rosado en la cristalería, aparte de la porcelana y los cubiertos y vajilla de plata con su variedad de diseños. A mí me agradan los manteles de damasco en colores, con una cubierta de encaje y servilletas del mismo estilo. Las decoraciones al centro de la mesa, con cinco o seis velas en sus candelabros, se ven muy bien. Si se coloca un espejo en el centro, se verán reflejadas las flores y las velas encendidas, lo que realza enormemente el conjunto".

El servicio ruso, que es el que utiliza MacLean para las escenas de comidas formales, consiste de lo siguiente: plato corriente con tenedores a la izquierda; servilleta sobre el plato o a la izquierda de los tenedores; cuchillos, cuchara de sopa y tenedor para las ostras a la derecha del plato; el vaso para agua en la punta del cuchillo, y los demás vasos y copas detrás, en posición diagonal.

—Tengo 74 querido señor; soy el hijo de la centenario.

—¿Cómo es que ha vivido tanto? ¿Quiere usted darme el secreto?

Sesenta y seis veces he preguntado lo mismo.

Uno de mis interlocutores era el excelente padre Dufour, de Sarlat—101 años—quien nacido seitemesino y salvado en una época en que no se conocían los procedimientos actuales de calefacción indicados en los casos de nacimientos prematuros, hizo la campaña de Italia y aún se distinguió.

«Francia, ¿no escuchas del lado de la aurora, los sordos estremecimientos de una voz [que te implora? Es Italia en lágrimas, es esa hermana [querida, que gime bajo el yugo de su peor enemigo!...»

La dejó declamar esta poesía de su juventud antes de preguntarle el secreto de su longevidad.

—Yo —dijo— cuando es buena la comida, como; cuando es mala, ¡lo mismo da!

La misma declaración: «Uno come lo que tiene»—me contestó la señora Troignon, la decana y la señora Pietri que aquel día guisoteó, ella misma, un «ragout» de carnero; después, en casa de la señora Gauffillet y la señorita Montreuil, las dos centenarias del Ivonne, que encontré frente a frente, la primera comiendo no sé qué, y la otra mano a mano con un gran plato de «pudding».

Otras presencié como se regataban el paladar con palomas, con mayonesa, con stuculentas tortillas de cebolla. En el Indre, hallé el queso de cabra en todas las mesas de las centenarias, y los encurtidos, y el «chucrutz», las salsas, los frutos crudos; pero nada de patatas en la mesa de la baronesa de Reinach—una alciana de 102 años—y de la señora Lainoiz.

No he encontrado más que siete centenarias y dos hombres alimentándose con leche, sopas con leche, o legumbres.

Bebí un aperitivo con el señor Marechal, de Breteuil, el centenario «decano» de los maestros de Francia; un digestivo con M. Delbos, que acababa de alcanzar sus 100 años en Dompniat, cerca de Brive.

—Ya verá usted que «bella fachada»—me dijo un vecino suyo.



A la izquierda: la baronesa de R..., a la edad de 25 años. A LA DERECHA: La baronesa de R..., a los 102 años.

Estaba de excursión por la nieve, practicando el ski.

—Bebamos—dijo él, apenas de regresar.

Se llevó licor, y chocando su vaso contra el mío, después de hacerme observar que su mano no denotaba el más ligero temblor, dijo:

—¡A su salud!

También brindé con la baronesa Reinach. Todas las noches, por orden de su médico bebe un poco de ese excelente kirsch de Alsacia, hecho con las coqueas de sus campos. Empiné el codo con los centenarios del Ivonne, fuertes como la madera de cedro.

En París, el profesor Guenou, me confió que sus 101 años exigían una botella de viejo «Bordeuz» cada tres días, y la señora Bourgade, la Girondina, me dijo que sus cien años no podían pasarse sin su «pequeño litro» cotidiano.

—Necesito un «cañón», un buen «cañón» en cada comida.

Así hablaba, a los 103 años la señora Bonne-Ghaite, de Saint-Etienne.

Cinco solamente de mis sesenta y seis centenarios, hombres y mujeres, beben agua. Todos los restantes beben vino.

Un solo centenario entre 10 fumaba, si esto se puede llamar fumar, un cigarrillo por mes.

—Yo—me decía una buena señora que la gripe se llevó ya cercana a los 102 años—sólo he necesitado el médico una vez que se me enterró una uña.

—Yo—me dijo otra— no he conocido uno.

Un día fui a contarle todo esto al profesor Bordier, de la Facultad de Medicina de Toulouse.

—Tienen razón las buenas mujeres—me dijo—pues la longevidad es un accidente.

—¿Un accidente? ¡Querido maestro!

—...un accidente feliz al que uno se hace acreedor con el buen humor, el ejercicio sin excesos...

—Y ¿aún burlándose de los médicos?

—¡Usted lo ha dicho!

Nuestra «decana» la señora de Sainte-Opportune tiene 107 años. Tal vez creáis que esto es muy poco si conocéis el caso de ese marroquí que falleció en 1934, a los 147 años; del doctor Pierre Defournelle, que se casó a los 102 años con una señorita de 25 y tuvo un hijo, muriendo a 119 años—el 5 de diciembre de 1809—; de un danés, el señor Drakemberg, casado por primera vez a los 106 años, viudo a los 130 y fallecido a los 146, y de ese Thomas Parr, un inglés que vivió 152 años, al que autopsió Harvey.

California se enorgullece de sus 300 centenarios; y determina así este record

de su admirable longevidad; 1—La pureza de su aire; 2—La constante y benigna temperatura; 3—La fertilidad del sol que asegura una sana alimentación.

Sospechamos una larga vida para nuestra «decana», pero desconfiamos de estadísticas inciertas de los individuos, californianos u otros, pues los records bíblicos desafían toda longevidad (Matusalén vivió 969 años, Noé 950, Abraham 175, Jacob 147). De estos fenómenos florecen muchos ahora en los países balcánicos. Rumanía tiene más de 1.500, de los que uno parece que murió a los 175 años; y Bulgaria, 3.500. De esta suerte, teniendo en cuenta la cantidad de población, Francia debe tener lo menos 40.000 centenarios, en vez de los 66 que yo he encontrado.

En Francia, la más grande proporción de centenarios se encuentra en los departamentos del centro, en Berry y en Turena. Se hallan principalmente en el campo. Pocos en las ciudades; pero en el Mediodía, no son corrientes.

Hay que hablar también de los octogenarios y nonagenarios, viejos dignos de respeto y de envidia: se contaron, en el último censo francés 439.655, de los que 275.360 eran mujeres, contra 164.295 hombres.

Compulsando la estadística se extraen preciosos datos relativos a la proporción «por 10.000 habitantes de los que pasan de los 60 años». Este es el lote que está a la cabeza en los departamentos, con 2.075 hombres y 2.174 mujeres, seguido de los departamentos del Ivonne, de Gers, de Tarn-et-Garon, de Lo-et-Garon, de la Charante Inferior y de la Cote-d'Or, con algunas cifras bajas, dentro de los cuadros en los Alpes Marítimos—1.327 hombres y 1.357 mujeres—y para terminar, el Sena—781 hombres y 1.117 mujeres.

Se deduce aún otra conclusión: que la longevidad francesa es mayor que la de Italia y de España: 138 personas por 1000 en Francia, que pasan los 60 años, contra 104 en Italia y 80 en España.

En suma, para llegar a esas edades, parece cuestión de régimen... de suerte, hasta los 60, 65 o 70 años, edad en que el organismo, acorazado contra todos los microbios, no tiene que preocuparse más que del accidente infeccioso.

Es lo que les recomiendo a todos los que tenga 60 años: que logren pasar de ellos, y entonces... pueden llegar a los 100.

cuales creen hacer una obra meritoria inmolando víctimas humanas, y rociando sus aras con sangre! ¡Pues qué es, un llamado «lance de honor», sino un asesinato premeditado!

Así sucedió, que a la mañana siguiente a las cinco, estaba Leopoldo con sus padrinos y el Capitán con los suyos en Puntales, el uno frente al otro con una pistola en la mano.

La suerte había decidido que al marchar el uno sobre el otro, fuese el Capitán el que tirase primero, y así sucedió. Pero Leopoldo tenía razón en confiar en su buena estrella, que no le desamparó. La bala francesa pasó rozando por

—No hay más: cantar o morir—repuso Leopoldo—. El señor me forzó a tocar sin ganas; yo le obligo a mi vez a cantar sin ellas. Sólo así quedamos pagados; es el finiquito de nuestras cuentas. Ya veis que no abuso de mi ventaja cuando sólo pido la aplicación del tallón.

El Capitán se negó, Leopoldo insistió.

¡Era se ver la inmovilidad de aquellos dos hombres, impávidos ambos, el uno cerca de recibir la muerte, el otro próximo a darla, por una canción, por unos sonidos de flauta, por una de esas frusterías, dignas bases de los insensatos lances de honor! ¡Era de ver, repetimos, esa inmovilidad que contrastaba con la acti-

moniosa este estribillo («refrain») de una canción de su romancero en boga, Béranger:

«Reviens ma vols faibie, mais douce et [pure
«Il est encore des beaux jours a chan- [ter.»

Leopoldo y sus testigos, mudos e impasibles saludaron y se retiraron. El lance costó al Capitán dos sangrías y quinientas sanguijuelas (sistema Brousaís)

Por más que se esmeraron los actores de este acontecimiento en callarlo, empezó a cundir, esparcido por conductos invisibles, impalpables y desconocidos, como suelen acontecer con todas las cosas

—¿Y no se ha podido averiguar quienes han sido los actores del lance?—preguntó al narrador uno de los concurrentes.

—Nada absolutamente—contestó éste—. Y es una suerte; porque las autoridades están furiosas y dicen que es necesario un escarmiento y una enérgica represión, para evitar en las delicadas circunstancias actuales que estos lances se repitan.

—Pues yo sé quienes son—dijo Margarita.

—¡Niña!—gritó en la mayor angustia su madre, cogiéndola por un brazo.

—Sí que lo sé—gritó contrariada la niña—. El que tocó la flauta fué Ardaz y el francés que le quería oír era el que estaba de guardia en la Puerta de Tierra. A la madrugada siguiente, Ardaz, de nuevo fugitivo por causa de la niña Margarita, se embarcaba en un vapor inglés, maldiciendo a todas las niñas mal criadas, mimadas, entremetidas y parlan-chinas.

CAPITULO VIII

San Cayetano



El tránsito de la Iglesia a una secta, se hace generalmente por el camino de los vicios; y el de una secta a la Iglesia, «siempre» por el de las virtudes.

Fitz Williams.

Una pobre mujer es la que me ha enseñado e ilustrado sobre las vías de la Providencia. Ella había puesto en Dios la misma confianza y esperanza que yo había puesto en los hombres; y nunca he visto un ánimo más sereno en una situación más desgraciada.

Bernardino de Saint-Pierre

Para volver a hallar a las personas que han actuado en nuestra relación, en circunstancias que tengan analogía con las anteriores, tenemos que salvar diez y ocho años, los cuales, vistos de frente, parecen un siglo, y vistos de espaldas, parecen un átomo. Totalmente se transforma el Tiempo en Rey coronado, de

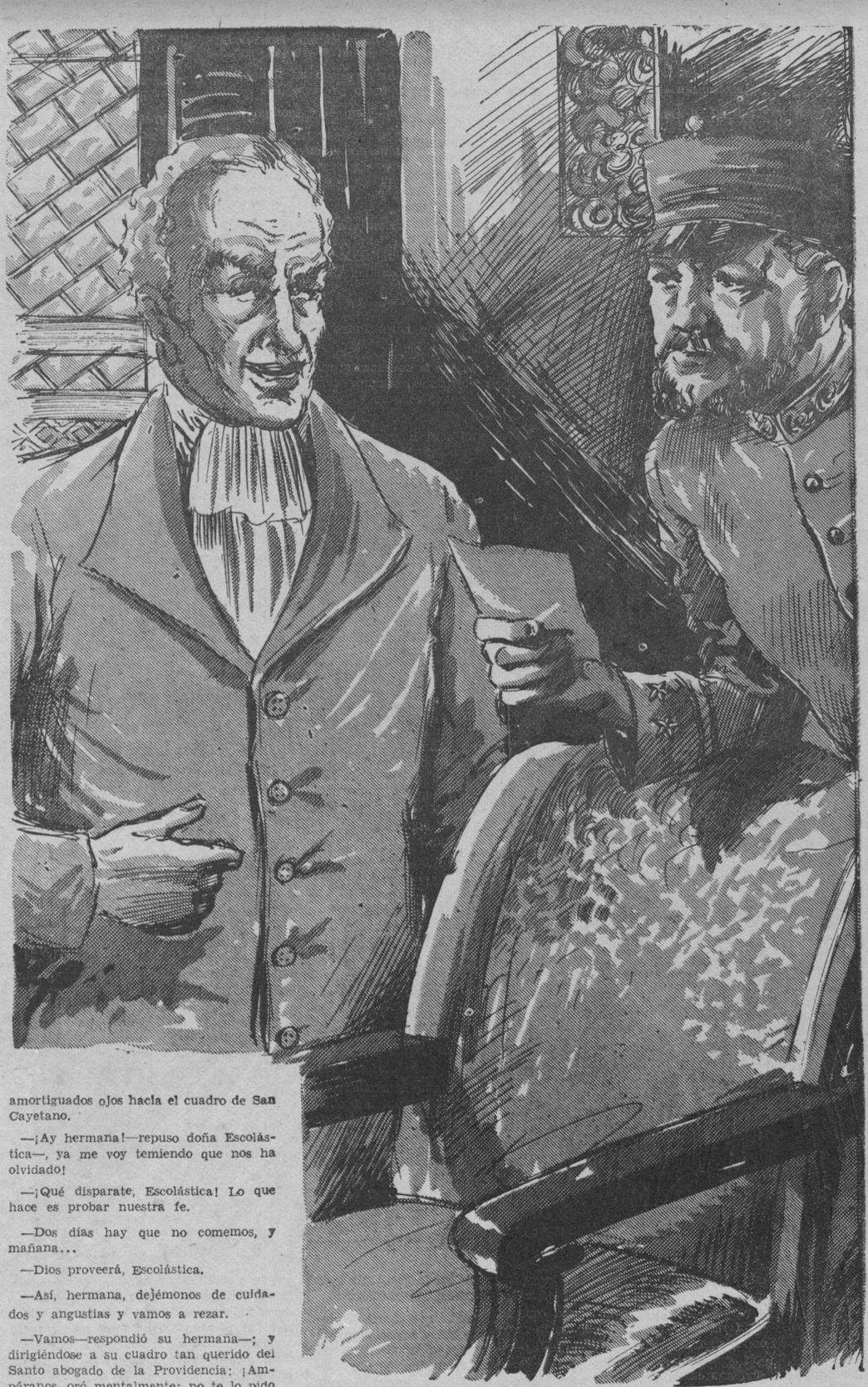


Sra. Serayen, 101 años

Sra. Rochette, 100 años

Sra. Lamoureux, 100 años

Sr. Dufour, 100 años



amortiguados ojos hacia el cuadro de San Cayetano.

—¡Ay hermana!—repuso doña Escolástica—, ya me voy temiendo que nos ha olvidado!

—¡Qué disparate, Escolástica! Lo que hace es probar nuestra fe.

—Dos días hay que no comemos, y mañana...

—Dios proveerá, Escolástica.

—Así, hermana, dejémonos de cuidados y angustias y vamos a rezar.

—Vamos—respondió su hermana—; y dirigiéndose a su cuadro tan querido del Santo abogado de la Providencia; ¡Am páranos, oró mentalmente; no te lo pido por mí, sino por aquella pobrecita que está en la cama, que no ha tomado en tanto tiempo ni una cucharada de caldo!

—¡Santo mío!—Invocaba a su vez con el corazón la pobre enferma—, intercede por nosotras con Dios para que nos socorra; no lo pido por mí, sino por la pobre Escolástica, que tanto siente no poder asistirme.

Apenas habían rezado diez minutos, cuando doña Escolástica calló. En aquella silenciosa Plaza de Armas sonaban voces y tropel.

—¿Qué podrá ser esto?—dijo doña Escolástica, saliendo de la alcoba en que dormían ahora ambas hermanas; y asomándose a la puerta notó en la Plaza de Armas cantidad de gentes, aumentán-

dose su sorpresa al ver destacarse de aquel a un caballero cuyo traje de general estaba cubierto de bandas y cruces, que llevando del brazo a una hermosa joven se dirigía hacia ella.

—Estos señores, pensó doña Escolástica—viene a ver el castillo.

—Señor—dijo al General que en este momento llegaba a la sala—; esta casa

Versión española de J. M. C.

La admirable aventura de Joan no había durado, en verdad, más que algunas horas. Ha sido Weidmann el que habló de ella.

Apenas llegados a la casa siniestra de San Cloud, cuando se entretenía en una conversación sugestiva, no pareció chocante que el hombre demostrara cierta audacia. El hombre irresistible la abrazó; pero fueron dos manos férreas, no dos brazos amorosos los que la envolvieron, abatiéndola en un golpe a la nuca, apretando, apretando...

Ella —la pobre— tuvo al principio ciertos sobresaltos; después... Nadie podrá describir el instante posterior, pues el bello cuerpo caía por el suelo. Para terminar, por último, el Monstruo se sirvió de dos servilletas, que actuaron de garrote.

Después se apropió de su dinero, los «trevelers checks» contenidos en el bolso; de noche cruzó el jardín de su «villa» y cavó una fosa exigua donde hundió, como si se tratara de un perro, el cuerpo de la mujer.

Ese día aun dormía apaciblemente Weidmann en su «bungalow» —ya en calidad de una triste necrópolis.

Después, —en virtud de que este asesinato no aportaba aún mucho dinero— el cómplice Millon intentó, bajo el pretexto de adquirir determinados datos, sacarle algunos billetes de a mil a la tía de Joan, Million, ante la presencia de la policía, huyó; el golpe le había fallado.

Y ambos, desde aquel instante, pensaron en hallar otra víctima.

LO QUE LE ACONTECIO A COUFFY

Acerca de este caso, se echaron a volar numerosas hipótesis. Por último se conoció la horrosa verdad.

Couffy tuvo la desdicha de ser elegido por Weidmann para dar un pequeño viaje por provincias.

Dos días antes, el Monstruo, acompañado por Million, lo había elegido. Los dos habían adquirido los carruajes estacionados en la Plaza de la Opera.

—Yo iré con los «cacharros» —dijo Weidmann—. Esto parecerá más natural: una pareja que visita el Castillo del Lore.

No se sabe aún qué «cacharros» eran aquellos. Posteriormente la policía los habrá clasificado en su justo valor. Conocerlos le habrá costado la vida a Couffy, como se le costó a Frommer.

El 7 de septiembre, por la mañana, Couffy partió a Orleans; después a las dos de la tarde tomó la ruta de la Motte Beuvron.

A las 5, el cliente, Weidmann, quien en esta ocasión, se hacia llamar Dustrou en el Hotel Bohy Lafayette— donde descendió— desapareció cuando el auto estaba aún en la carretera, dejando en su interior el cadáver de Couffy.

Una bala en la nuca le había producido la muerte instantánea.

Desde ese momento Weidmann solo asesinará con la susodicha bala en la nuca; posiblemente halló muy penoso lo del estrangulamiento que ensayó con la bella Joan de Koven. Dejemos hablar a Weidmann.

—Lo lancé al talud, después de haberle tomado su dinero (2.500 francos). Después lo llevé al coche y lo maquilé. Eso me ha perjudicado mucho.

LEBLOND: EL TERCERO

Esta vez, el golpe aplicado —observad la variedad de las combinaciones de este hombre que ejecutaba cada una de sus fechorías con precisión matemática— se realizó con una pequeña engañifa: la de los anuncios económicos.

Million, bajo el pseudónimo de Pradier, alquiló un apartado de correos. Anuncio que disponía de capital para un negocio productivo; si no era buen negocio, deberían abstenerse.

Y el pobre Leblond, joven, lleno de ilusiones, creyó llegado el momento y los comanditarios para un gran negocio de espectáculos.

Pradier aseguró que estaba dispuesto a invertir 50,000 francos; pero por su parte Leblond debería hacer un pequeño esfuerzo.

Weidmann tenía para sus monstruosidades una como obsesión: eliminaba a sus víctimas de un tiro en la nuca.—El amor y la intriga, elementos del Monstruo.—Su cómplice.—Una quinta, donde hallaban la tumba el amor y la vida.—Weidmann desarrollaba sus fechorías en un vasto panorama internacional.—El hombre inmutable y frío, al que se intenta hacer pasar por desequilibrado.—Unas veinticinco víctimas conocidas.—Ya cerca del epílogo de sus crímenes, aún intentó anular absolutamente a los policías que iban a prenderle.—¿Nuevos crímenes?—La sociedad parisina espera aún nuevas víctimas.—Weidmann era sólo un nombre supuesto



Esta foto fue tomada inmediatamente después de ser capturado Weidmann, en la «Villa Vouziez, que él habitaba. Rodeado por la policía, el público, entre dudoso y asombrado—tal era la expectación que existía alrededor de los crímenes del monstruo—no abandonó el jardín de la casa donde había vivido por muchos meses el hombre que puso estremecimientos de pánico en la población de Paris. Por fin pudo convencerse que el monstruo era, en verdad, autor de todas las fechorías y había sido capturado

—No podría reunir más de 10.000 francos—explicó.

No estaba del todo mal. Pradier (que era Million) reforzó:

—Perfectamente; enseñémoslos. Así, yo pondré los míos, firmaremos nuestra sociedad en papel timbrado.

—Los tendré mañana.

—Muy bien.

Y al día siguiente, Leblond —este ocurría el 17 de octubre—volvió a encontrar a Pradier con su amiga Renee Tricot. Partieron los tres. El negocio estaba hecho. Subieron a un auto, como tres compañeros. Million dijo:

—Vamos a San Cloud, a casa de un amigo, para que nos sirva de testigo.

—¿Testigo? Era Weidmann, desde luego!

Y aún confiado, Leblond se dejó conducir a la casa del crimen, presentándole a Weidmann.

—¿Trae usted el dinero?

—Sí —dijo Leblond.

Y sacó los hermosos billetes azules. Weidmann declaró después:

—A la vista de aquellos billetes, no pude resistir. Le indiqué a Leblond que reparara en uno de mis cuadros, y cuando volvió la cabeza, le disparé dos balas en la nuca.

Pradier y Tricot, desde la habitación contigua, escucharon la detonación.

Después llegó el reparto del botín. A Renee Tricot, un reloj de pulsera. A Million, 2.000 francos; el resto para Weidmann. Todo se repartió en la casa de éste último.

Después, envuelto el cadáver en un cobertor de cama, fué llevado en un au-

tor a Neuilly. Desaparecieron Leblond y su dinero. Había de buscar más por otro expediente parecido.

Y... ahora.

Frommer.

¿Quién era Frommer. Un admirable muchacho, insignificante, el hombre propicio para la siguiente víctima.

Este personaje inocente tuvo la mala suerte de hablarle de su tío Schot, residente antes en Niza y ahora en Paris, más tarde en Estrasburgo. Frommer dió sus detalles sobre Schot, incluso una tarjeta de visita. Bajo el nombre de Shoot (pensó Weidmann cometer un crimen, dejando como pista, tal tarjeta de visita ¡Idea magnífica!

Esta tarjeta costó la vida a Frommer, pues debíase evitar que este hablara. Se designaría a Shoot como el matador.

El 24 de noviembre, Frommer fué acoitado como un perro, con otra bala en la nuca.

El cuerpo fué hundido en una fosa. ¿Quién descubrió el nuevo crimen?

Algunos billetes de banco; pero ante todo, la tarjeta de visita.

Y LLEGAMOS AL NUMERO CINCO

Weidmann no desperdició el tiempo. Mató a Frommer el 24 de noviembre; al día siguiente se presenta en la Agencia de Lesorbe. ¿Cómo se mató a Lesorbe? En medio de las circunstancias más terribles que se han dado en el presente siglo.

Y EL NUMERO SEIS

En Estrasburgo, otro crimen; el come-

para el DIARIO DE LA MARINA

tido en la persona de la señora Keller.

PERO AUN OTROS

Y hay también en Frankfort del Mein, otro hogar que llora la muerte de un ser querido: el de los señores Weidmann, a quienes el Monstruo mató a uno de sus hijos, apropiándose después de su documentación, amparado por la cual, ha cometido todas sus fechorías

Ahora reclaman justicia contra el Monstruo, que tenía para sus crímenes un tema —como un ritornello— aplicado con una ciencia exacta: el de la bala en la nuca.

AUN HAY MAS

En estos momentos los crímenes descubiertos, suman veinticinco; el de la señora Garola, hallada asfixiada con cloruro en el tren rápido de Estrasburgo-Ventimilla y otros, y otros.

Y por último; se ha descubierto que se llama Karrer. Esto y otras cosas son el producto de la investigación del Comisario Barquain.

¿UNA VERDADERA CASUALIDAD SU CAPTURA?

Se ha hablado de que Weidmann fué capturado por casualidad. Los hechos, relatados por el mismo Comisario, parecen confirmarlo.

La policía tenía una pista, de primera calidad. Se trataba de localizar una casa en La Vouziez; pero, al parecer, aún no se sabía cuál. Convenientemente provistos los policías de sus credenciales como agentes de las contribuciones, penetraron en la casa del Monstruo:

—¿Qué desean los señores?—preguntó este al abrirles la puerta.

—Venimos... por las contribuciones.

—¿Pueden ustedes identificarse?

—¡Ciertamente!

El agente Barquain sacó su cartera como buscando un papel. Pero ya Weidmann, con su mirada de acero había distinguido la credencial policíaca. Fué lo suficiente. Con voz firme dijo.

—¡Pasen, pasen, señores!

Los dos inspectores, sin desconfianza alguna, penetraron.

Iban tan bien disfrazados «de agentes del fisco», que no llevaban ni armas.

Apenas en el interior de la casa Weidmann, o Karrer, revolver en mano, disparó hasta cinco veces. Barquain y Poignant resultaron heridos. ¿Tría el bandido a rematarlos?

No pudo. Divisando un martillo sobre una mesa, uno de los inspectores se echó sobre él desarmándole de un certero golpe en la nuca. Mientras, otros policías, alarmados por las detonaciones, se aproximaron, apoderándose del dueño de la Vouziez. Por la noche, exponiéndose Weidmann declaró haber dado muerte al agente Lesorbe. ¿Cómo negar, por otro lado, cuando el auto de la víctima estaba aún allí, en el mismo este momento empezó a con,esar los resguardos de la casa del asesino? Desde tantos crímenes; primero los de Roger Leblond, Couffy, Frommer y la ballarina americana Joan de Koven. Y después de confesar el asesinato de Lesorbe, tampoco podía callar estos otros cuatro hechos; haber robado los papeles de Leblond, el automóvil de Couffy y escamoteado los cadáveres de Koven y Fritz Frommer. Después tendrá que confesar los asesinatos de Janine Keller— con la susodicha bala en la nuca— de Digne Tropman, de Jules Fort, de Vadier, de Kuerten, algunos de ellos, solo por la miserable cantidad de 100 francos que llevaban encima—poco más de tres pesos de nuestra moneda.

Los tribunales habrán de decidir la suerte del Monstruo y la de su cómplice Million; de este Monstruo que ha oscurecido ventajosamente el renombre tristemente célebre de Landry y que al parecer, como aquel, es un anormal.

UN NUEVO LANDRU, Terror de FRANCIA

HACIA ya muchos años que el alma boulevardera de París no se conmovía por un hecho verdaderamente sensacional, pero de esos tan franceses en que se mezclan el amor, la intriga y un como morboso afán que, algunos momentos, toma los caracteres de epidemia. Ahora, con el affaire Weidmann se ha producido ese estado de conciencia en una ciudad propicia a las emociones, e igualmente pronta para el olvido.

Weidmann es la pesadilla de todo hogar francés; Weidmann puebla las mentes de toda muchachita de su casa; Weidmann, como una sombra, vaga fatalmente por los tejados de París, penetra en los hogares, conundándose en el murmullo cuyos ecos, en todos los tonos susurran: Weidmann, Weidmann, Weidmann...

Y así todos los días, desde aquel en que una simple tarjeta de visita —una tarjeta como cédula o pasaporte para el otro mundo— descubrió el índice por donde habría de descubrirse el «imbroglío» que este hombre singular, terriblemente frío, había tejido creyendo incorporar algo exacto a la vida criminal, algo que pudiera asemejarse a una ciencia.

Por boca del Comisario Brimborge, de la Sureté de París, sabremos toda la verdad. El también, como Weidmann, es un hecho de su profesión de desenredador de hilos sutiles y matemáticos de los crímenes, un arte; pero un arte mediante el cual se ha demostrado, una vez más, la supremacía del bien sobre el mal ¡Bien, señor Comisario!

Un periódico parisino—esto está incluido en un informe oficial— declaró, vísperas de la aparición siniestra de Weidmann, que la mayor parte de los crímenes quedaban impunes en Francia. ¡Habrá que inscribir el nombre de Lesorbe una de las víctimas de Weidmann—después del de Leblond?—se preguntaba ese periódico.—E inmediatamente, una revista especializada en estas cuestiones, añadía: «No hay que impacientarse; esto es una de esas rachas que sufre la sociedad, algo parecido a una epidemia, para combatir la cual los médicos, en vez de atender directamente a los pacientes, se encierran en su laboratorio para comprender, más que los efectos de ella en los atacados, los orígenes malignos. La policía no ofrece detalle alguno a la prensa, porque indudablemente necesita callar mientras busca a los malhechores, gentes avisadas según se comprueba de los hechos. Y si dice algo más bien lo hace para desparitar».

La lista en verdad era aterradora, lo que explica ese temblor que se había apoderado de la población de París, Primero Lesorbe; luego Leblond; inmediatamente Couffly, y después Koven.

Pero la población gritaba, ya a última hora, sin poderse contener: —¿Y los asesinos? ¡A ellos, a los asesinos!

Había algunos arrestos practicados. Nadie los identificaba. Otro día se produjo otro arresto, y ocurrió lo mismo. Más tarde ingresaba en las celdas de la Sureté otro, ¡Nada más!

Por fin se dio la noticia. Ya se apresó al principal, al Monstruo, al hombre-fiera; pero aún el público pensó: —¡Solo un golpe teatral! ¡Ese no es el asesino! ¡La policía no sirve!

Más no era ahora idéntico el caso. No se trataba de un golpe de teatro sino del trueno gordo, de Weidmann.

¡Y cómo este trueno gordo ha descubierto dolores, y ha revivido escenas escalofriantes!

UN POCO DE HISTORIA

Se supo que en América había una familia esperando aún volver a ver algún día a un jovencito que había ido

a Francia para visitar la Exposición. Poco después, en Levallois, donde una señora viuda llora junto a sus dos niños, al desdichado marido muerto cuando guiaba su auto de alquiler. Este fué Couffly. En Estrasburgo, donde una familia de alemanes aguardaba, aún sin creer en la desaparición o la muerte del fugitivo, esto es: del joven Prommer. Y otros más; uno, en los recodos cálidos de una madre que no comprende bien cómo Leblond haya pagado por la frialdad y la audacia con las cuales se lanzó a la vida, luchando por la existencia... Y más tarde aún, es otra joven mujer la que se lamenta de la muerte de su marido.

Jean de Koven, Couffly, Leblond, Prommer, Lesorbe, víctimas y familias en duelo. Este es el resultado de las actividades del Monstruo. Pero ¿son completas estas cifras? No; hay aún los nombres de Janina, Gilberta, Clotilde... Hay aún...

Se empieza temblar ante la posibilidad de nuevos descubrimientos. ¿Cuántos serán los muertos?—piensa ahora el público con angustia— ¿Cuándo se rendirá justicia?

UNA VICTIMA

Las fotos nos hablan de toda la seducción de esta mujer.

Un viaje a Europa para un tan bello producto del otro lado del Atlántico, merece sobradamente una aventura galante.

¿Ser bella hasta ese punto, y no alentar un «flirt»? Joan apeteció el «flirt».

Y, en esa mañana de agosto, mientras París se coloreaba de sol, ella sintió como una apelación a la libertad y a la aventura. Joan ansiaba algún amable encuentro, mientras que, esperando a su tía en el hall del Hotel, un sillón especial le ofreció el doble atractivo del lugar confortable, obligándola a denunciar sus formas armoniosas, enguantadas en las finísimas medias de seda.

Y el apuesto, joven hombre tan esperado, se aproximó como por milagro siendo en verdad, al parecer, el primer seducido por la radiante visión.

Era alto, bien proporcionado, elegante; su mirada era una de esas que no hay manera de resistir; sus labios bien dibujados...

Sin nerviosidad, supo entrelazar los espíritus por medio de una conversación. El tono era banal, pero lleno de sugerencias.

Joan de Koven se manifestó radiante. ¡Era un bello tipo! Un hombre, plenamente para una mujer.

Joan, como una de las «midnettes» francesas, dejó florecer las palabras. Volvieron a verse. Ella había ya hablado con su tía, con sus amigas, del idilio trenzado en el hall de un Hotel. Se llamaba Karl —había dicho ella.

Tres días más tarde, Karl se tornó más exigente.

—¡Sí, desde luego; tengo mi auto a la puerta... ¡Vamos a pasear al bosque. A San Cloud, es un rincón agradable... Tengo mi «villa» allá abajo... Estaremos solos.

—¡Solos!—repitió ella como un eco. Y aceptó, partiendo con él, diciéndole, como dicen siempre las mujeres: —¡Bien; pero será usted prudente!...

Así desapareció Joan. A la alarma lanzada por la tía, insinuando un posible secuestro, se la contestó: —Probablemente es una fuga.

En verdad, nadie creía en el crimen. Lo más razonable—esto se pensaba incluso en los medios policíacos— era creer que una aventura constituía el objeto de la desaparición.

Después se les vió en todas partes: por Fontainebleau, en la Costa Azul, en Italia...



DE ARRIBA ABAJO Y DE IZQUIERDA A DERECHA: (1) El asesino Weidmann mientras se le tomaba la ficha antropométrica en las oficinas de la Sureté de París. Inmediatamente (2): la bella Joan de Koven; al lado (3): Arthur Schott, cuyo carnet de visita permitió a la policía parisina encontrar a Weidmann. Luego (4): Roger Millión, el cómplice de Weidmann. Al lado (5): Renée Tricot, señalada como una de sus cómplices. (6) El Inspector de la policía Bourquain (a la izquierda), y su compañero (7) Poignant (derecha), que arrestaron, con gran peligro de sus vidas al feroz Weidmann. Y POR ULTIMO: La amiga (8) de Roger Leblond, señorita Demonet que, en la audiencia de París reconoció sin esfuerzo alguno los zapatos de su desdichado amigo.

—Mi cuñada Liberata.
—Doctor—dijo el General llamando a uno de los señores que habían quedado en la Plaza de Armas—; hacerme el favor de examinar a la enferma que se halla en esta alcoba.
El facultativo entró en la pieza designada, y el General preguntó a doña Escolástica:

—¿Y don José?
—Mi José, señor—contestó ésta—está



donde quisiera estar yo—y señaló el cielo. En seguida, añadió:

—¿Pero ha conocido vucencia, que es un caballero tan principal, a mi Pepe, que era un pobre maestro de escuela?

—¿Y habiendo faltado él, con que cuentan ustedes para subsistir?—preguntó el General, sin contestar a la pregunta.

Doña Escolástica señaló al cuadro que estaba sobre la mesa colgada en la pared, y contestó:

—Con aquél que es abogado de la Providencia y hasta hoy no nos ha desamparado.

En este instante, salía el facultativo de la alcoba.

—¿Qué tiene la enferma?—preguntó el General.

—Inanición, señor; hay dos días que no toma alimento.
El General procuró ocultar que se hallaba dolorosamente conmovido; dijo al-

ganas palabras al oído del médico y en seguida se entró en la alcoba, seguido de la hermosa joven y de la atónita doña Escolástica.

—¡Doña Liberata!—exclamó con alegría—; ¿con que San Cayetano ha dado a ustedes un chasco? ¿No decía yo, cuando se lo ponía a ustedes de espaldas que el Santo no quería a las gentes cansadas?

—¡Jesús María!—exclamaron alborozadas ambas buenas mujeres—: ¿vucencia es aquel loqui... perdona vucencia aquel jovencito, que se nos entró como un pajarito por la ventana?

—¡El mismo!... que ahora se entra por vuestras puertas como un hombre formal, a pedirnos perdón por lo mucho que sin consideración os mortifiqué, y a daros gracias por las inmerecidas bondades y favores que os debí; pues ya no soy aquel loquillo, sino un hombre que ha aprendido a «pensar a a sentir». ¿No es verdad, Margarita?

—¡Margarita!—exclamaron asombradas las dos hermanas.

—¿Qué os asombra mi nombre?—preguntó con bondadosa sonrisa la hermosa joven.

—No es el nombre, señora—contestó doña Escolástica—; es porque es el mismo de una pícara niña que delató al señor, y si no se lo avisan a tiempo, ¡Dios sabe lo que hubiese sucedido!, pues apenas huyó cuando se llenó la Plaza de Armas de tropa, y a mi Pepe, porque no quiso decir el nombre del amigo de vucencia, se lo quisieron llevar preso. Pero como vucencia, a pesar de su locu... de sus cosas, tenía tan buenas entrañas, dejó a mi Pepe aquella carta—vucencia se acordará—, que escribió con objeto de que le sirviese de salvaguardia; y así fué, que apenas la leyó el oficial que venía haciendo de Gobierno, cuando se echó a reír y le dejó en paz.

—¡Que escribí una carta con ese objeto!—exclamó admirado el General—. No lo recuerdo.

—¿Tampoco recuerda vucencia que se le olvidó el dinero?—preguntó doña Escolástica—. Diez onzas, diez onzas, nada menos, se dejó vucencia al lado de la carta.

—La carta decía—observó el General—que eran destinadas a comprarles una memoria del huésped que tanto les dió que hacer.

—No, señor, nada de eso decía la carta; así fué que mi Pepe la metió en un papel, que selló, diciendo a quién pertenecía y escribió encima la palabra «depósito», por si moríamos antes que vucencia las reclamase o hubiésemos podido averiguar su paradero. Pero ni una ni otra cosa sucedió, y ahí están, señor.

El General se volvió a la señora que le acompañaba, y dijo:

—¡E iban a perecer de hambre! ¡Esto admira!

—Esto enternece, Leopoldo—contestó la joven, secando con su rico pañuelo dos lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Pero recuerdo muy bien—dijo el General—que mi carta expresaba el destino de esa suma.

—No, señor; y si os queréis convencer, aquí está la carta—dijo doña Escolástica, sacando de la vetusta papelería una carta envuelta en una plana de papalotes, que puso en manos del General, añadiendo:

—Siempre la guardó mi Pepe como reliquia.

El General miró el sobre para cerciorarse de que era dirigida a don José, y se puso a leerla con curiosidad, a la par de la joven señora, que se había apoyado en su hombro.

Los lectores recordarán el contenido

de la carta que han leído ya poco. Pero no así el general Leopoldo Arday, que hacía diez y ocho años que la había escrito. Pero tanto él como la joven señora tenían demasiada bondad de corazón y eran demasiado finos, delicados y cultos para que aquella carta ingrata y denigrativa les moviese a risa.

—¡Qué cabeza era entonces la mía!—murmuró el General al oído de la señora—; esta carta era dirigida a Ramón Ortiz y equivoqué el sobre... ¡y se han hecho la ilusión de que la escribí con la intención de evitarles compromisos!... ¡Oh, corazón sano y sin malicia, que todo lo alzas a tu pura esfera, como rebaja todo a la mustia suya el corazón gangrenado por la hiel de la malevolencia y el agraz de la malicia!

Por fortuna, a volver la hoja, hallaron el párrafo que hablaba de Margarita, lo que volvió a traer la escena al florido terreno del buen humor.

«El insoportable apéndice de su madre—leyó la joven riendo de corazón—, «¡qué crianza dan a esa niña!... asombra—prosiguió leyendo—, «¡quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como hizo la hermosa Cleopatra con ésta!» Pues ha sido al revés—dijo, sin cesar de reír—; la perla ha sido la que ha absorbido al vinagre.

—Y sin impregnarse de él—contestó el General—; cumpliendo cual no otra con la misión de la mujer cristiana y culta, que no consiste en seguir los errores de su marido, ni menos en identificarse con sus maldades, si las tuviese, sino en constituirse en ángel visible de su guarda; que le retraiga del mal y del error y le quele al bien y a la verdad. La mujer que yerra con su marido tiene dos cargos ante la suprema ley, que quisó que fuese para el hombre no el agujón que irrita sino el freno que contiene.

—«Estoy desuiciado»—prosiguió leyendo la joven—; «la niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa saboneta de repetición, me ha vendido».

—¿Lo ven vucencias?—dijo doña Escolástica—; esa pícara niña fué...

—Esa pícara niña—exclamó volviendo a reír la joven—hizo otras muchas fechorías, de que fué víctima nuestro huésped.

—¿Puede darse?...—repuso doña Escolástica—; ¡Pobrecito!... ¡Válgame Dios y qué malas entrañas tenía la dichosa niña! ¿Qué más hizo?

—Poco después, en Cádiz, le originó un desafío con un francés.

—¡Santo Dios de Israel!...—exclamaron las buenas ancianas.

—A los pocos días lo divulgó, por lo cual el huésped de ustedes tuvo que huir y que expatriarse.

—¡Pues no es nada! ¡Y qué niña!...

—Pues no es ésta la peor partida que le jugó; porque años después, habiendo ido su merced a La Habana, le puso como a un manso cordero el santo yugo; pues yo, su mujer y servidora vuestra, soy la pícara niña Margarita.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y cómo ha sido eso?—preguntaron asombradas las hermanas.

—El loco huésped de ustedes—contestó la interrogada, después de doce años bien empleados en su carrera, en los que sobre los campos de batalla ganó sus grados, no sin que le dejase la muerte—de la que siempre escapó—esta cicatriz en la sien y un hombro atravesado por memoria, vino destinado a La Habana, donde se encontró con su antigua contraria la pícara niña Margarita, que—por lo visto—entonces tenía juicio y era apreciable, puesto que su adversario trocó en un todo sus sentimientos hacia ella.

La sorpresa de las buenas ancianas, que iba siempre en aumento, llegó a su

NUEVE PERSONAS de más de cien años, nos hablan

Miles de años de existencia relatados en cinco minutos



MODOS PARA LLEGAR A LOS 100 AÑOS

TENGO 106 años cumplidos, querido señor. Sí; soy la decana de Francia. Escucho aún la voccecita de la señora Trotignon, anunciándome el record de sus años, en su pequeña casita de Orbigny, un pequeñito pueblo de la región del Indre. Algunos meses más tarde de esto, se extinguió. Fué en 1936; y su título de «decana» pasó a la señora Bombaron, de Reims, que tenía 106 años y medio. Hoy, la más vieja mujer de toda Francia, es la señora de Sainte-Oportune; sus ciento siete años acaban de iniciarse.

Apenas un hilito de voz brota de sus labios. Pero volvamos a la señora Trotignon. Estaba como somnolienta. Hubo que despertarla «absolutamente».

—Ya lo creo: estoy muy orgullosa de ser la «decana»—murmuró.

Detrás de ella, un nieto de 23 años, volvía de la casa.

—No es verdad, abuela—le gritó él encañándole los labios a sus oídos.—Hay otra mujer de tu «clase»; y aún te aseguro que tiene dos meses más que tú.

Aludía a la señora Bombaron, y sin duda, se equivocaba.

—No le haga caso, abuela—le dije yo deliberadamente—; su rival tiene sus dos buenos meses menos que usted.

—Exactamente lo que yo decía!—replicó la «decana» volviendo al hilo de su ensueño.

Señoras Trotignon, Bombaron y de Sainte-Oportune; he saludado con infinito respeto vuestros 106 años, y he pensado explicarme cómo podeis tener, no ya rivales, sino quien os emule en la santa y dulce Francia. En 1901 Francia

contaba con 313 centenarias, de los que 214 eran mujeres y 99 hombres; y en 1911, 107 centenarios repartidos en 82 mujeres y 25 hombres. Estas son las cifras oficiales de la estadística general que, desde 1911 se desinteresó absolutamente de los centenarios, inscribiendo en un mismo índice y sin especificación, a todos los que pasan de los 80 años.

¿Cómo estaban ustedes en 1935 y 1936? ¿Cómo saber lo que piensa en 1937 la señora de Sainte-Oportune?

Para intentar conocerla, me he dirigido a todos los compañeros de provincias, acostumbrados a relatar en sus periódicos los casos de gran longevidad, donde se relata el «festejo con el alcalde, los ramos de flores y el banquete en el curso del cual se pone generalmente a la centenarias en peligro de muerte». Me han señalado 66: 56 mujeres y 10 hombres.

Yo he visto 68, dos más de los catalogados.

«Plures occidit gula quam gladius», lo que en una traducción muy libre significa que las bocas desmesuradas en tanto tragar, no llegan jamás a viejas.

«Modicus cibi, medicus sibi», o sea que comiendo con moderación, uno se vuelve su propio médico—me dijo otro.

De hecho, he encontrado algunos centenarios—una media docena—donde gentes pusilánimes que sólo tenían, después de una existencia tan prolongada, apenas un hilito de vida, una existencia tenue donde la Parca no había llegado por que no la distinguía. Los otros habían sido gallardos tipos parecidos a la agricultora señora Puerre, la centenaria de Barne-la-Rolande que, hasta los 60 montó a caballo y condujo su carruaje hasta los 95 años.

De 56 que visité, sólo una no se había casado; las otras, dando la razón al profesor Pinard, a Mussolini y al Concilio de Trento, podían repetir: «La fecundidad en las uniones favorece la longevidad... Todas habían tenido numerosos niños.

Encontré en La Breda (en el Gironda) a la señora Bourgade—102 años—acompañada de su hijo mayor, de 81 años y de sus tres pequeños; 79, 70 y 65 años.

Excepcionalmente esos dos, los restantes 66 tenían, en verdad, 100 y más años, según se podía justificar por el registro civil de sus respectivos municipios.

¡Diez mujeres por un hombre!

—Es fatal—me declaran los médicos.

Y después, sin detenerse sobre las cuestiones glandulares u «hormónicas», me han dicho simplemente, por boca de uno de ellos:

Estas centenarias eran de familias numerosas, sin contar que todos sus familiares habían muerto de edades muy avanzadas: 99 años y medio, 98, 97, 96, 94, 90, 88, 86, 85, 84.

En Lyon fui a saludar a la madre del doctor Lanoix—médico de los hospitales— de 102 años.

—Mi madre debe su longevidad, a su ancestralidad—me dijo el doctor—, pues ella ha tenido una existencia extremadamente dura: la longevidad es una cuestión de lucha.

—Es un estado constitucional en el que hay que parecerse a la familia—me dijo al día siguiente el doctor Vignes, director de la oficina municipal de higiene de Lyon.

¡La señora Gerard!... Para conocerla fui guiado por el estupendo tipo de campesino que era el hijo de la centenaria.

Nos detuvimos de charla con un trabajador viejísimo.

—Hace 80 años—dijo el hijo de la señora Gerard—que trabaja; y trabaja aún 8 horas al día. Su madre falleció pasados los 100 años.

Acompasamos la marcha con un paso de cazadores de infantería.

—Y yo—preguntó el hijo Gerard—¿que edad cree usted que tengo?

—Cincuenta; cincuenta y dos tal vez!

por
JUAN PERRUALT

(V E R S I O N D E J . M . C .)

Continúa en la Pagina 22

—¿Quién a Dios busca, a Dios halla!—dijo doña Liberata.

—¿Que no le hubiese oído mi José!—dijo doña Escolástica.

—¿Con que... nada os ha quedado?—preguntó el General.

—¡Nada!—contestó doña Escolástica—pues el vitalicio murió con mi José.

—Tú cuidarás del vitalicio de doña Liberata, a quien tan terrible susto diste entrándote por la ventana; pero la pícara niña Margarita cuidará de doña Escolástica.

—Señora—exclamó doña Escolástica—, ¡si con una peseta nos sobra! ¡Y nunca nos falte!

—No, nunca os faltará a cada una—repuso el General, que añadió sonriendo—: San Cayetano se me ha aparecido, y me ha encargado que cuide de que así suceda.

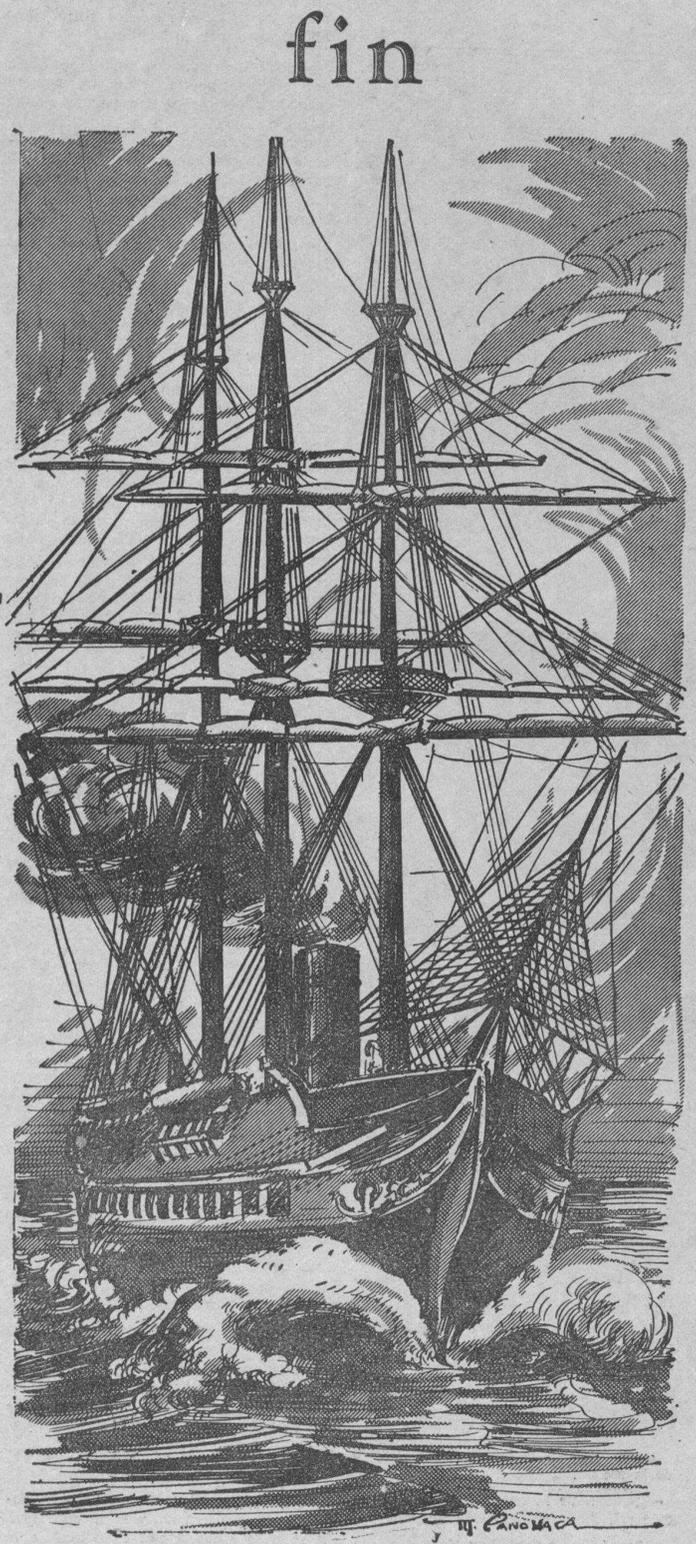
—Y yo veo tan poco que apenas puedo coser—añadió doña Liberata, que a medida que caía aquel sano alimento en su desfallecido estómago, se iba vivificando.

—Pues el vitalicio que murió con dos José resucita con Leopoldo—dijo el General.

—Señor—repuso la anciana—; ¿dudaría aún de la influencia de la intercesión de mi Santo sobre la Providencia, que en el día de hoy desde La Habana os ha guiado aquí?

—No por cierto, no por cierto, doña Liberata—contestó el General—. Soy español, soy cristiano, soy católico; creo por lo tanto, en las gracias espirituales y materiales que obtiene la fe, esa fe que nos une a Dios, a su redil, a nuestros hermanos. Si la hallo en almas puras y en corazones sanos más robusta, más ciega, más cándida y confiada que lo es la mía, lejos de condenarla o burlarme de ella, la venero y la admiro. Y para no envidiarle, me esfuerzo por adquirirla, no por la convicción del entendimiento—que la fe no desciende a los torpes y estrechos alcances del hombre—sino por medio de la voluntad, poderosa hija del alma.

Al oír estas palabras, las dos excelentes mujeres cruzaron sus manos y dos lágrimas corrieron lentas y brillantes por sus mejillas.



La historia de Marjorie Weaver es de lo más raro que puede concebirse. Le debe su éxito a una muchacha que odiaba en el colegio, y que ahora es su mejor amiga y trabaja como su sobresaliente en la misma compañía de películas... ¡y todo por causa de un endemoniado sombrero!



Con esta fotografía ganó el concurso de belleza de la Universidad de Kentucky en el año 1929-30, siendo estudiante de primer año.



Miss Weaver trabajó en Nueva York de modelo para anuncios de jabón.



Marjorie Weaver (derecha) y Judi Parks son excelentes amigas hoy, pero en los días de colegio no podían verse y una vez Marjorie expulsó de su habitación a la muchacha traviesa que tanto la mortificaba.



La belleza juvenil de Marjorie Weaver, colegiala, tiene encantado a Hollywood.

Por SAM LUKAS

Hollywood. ESTE dicho de que a una muchacha le ha picado en el sombrero la abeja de la ambición cinematográfica, que es muy corriente en Hollywood, varía un poco en el caso de Marjorie Weaver, la "nena" que el estado campesino de Kentucky le ha mandado a los elencos de la Twentieth Century-Fox. Marjorie le está agradecida a su sombrerote y no a la abeja, y por eso conserva el extraño artefacto que tan unido está a la historia de su éxito. Este accesorio—asi los llaman los modistos, como si se tratara de piezas de automóviles—no era propiedad de la muchacha, que cursaba a la sazón el cuarto año de colegio en la Universidad de Indiana. Es un...—continuaremos llamándole así—sombrero de esos que pudiéramos describir con la frase femme fatale, de fieltro negro con velo de malla seguramente inventado en algún taller de extravagancias de Nueva York. La primera vez que lo vió fué en una de las reuniones de colegialas, siendo ella miembro del comité de recepción de la fraternidad universitaria Kappa Kappa Gamma. Lo llevaba puesto una estudiante de primer año que había tenido la audacia de presentarse en la fiesta de iniciación con un vestido de esos que tan bien le quedan a Mae West. "A mí me temblaron las piernas—dice Marjorie—cuando ví a la principiante

con aquellos atavíos. Nunca había presenciado a las colegialas que se acababan de iniciar luciendo ropas que me parecían muy apropiadas para las vampiras del teatro, pero no para jovencitas que todavía estaban estudiando. "Hasta las 4 de la madrugada estuvimos discutiendo si se debía aceptar a la referida chica como socia de la fraternidad. Yo me oponía enérgicamente, a pesar de que las demás amigas me aseguraban que era una buena muchacha y que yo tenía un prejuicio infundado contra ella. Mi única razón era que ninguna estudiante que usara aquella clase de trajes y sombreros merecía formar parte de nuestro grupo." Finalmente, Marjorie tuvo que ceder y la estudiante, que se llama Ruby Nell Parks, fué admitida en la fraternidad. Inmediatamente que la hubieron juramentado, la novicia empezó a causar disgustos. Hacía lo que se le antojaba y uno de sus pasatiempos predilectos era dejar tiradas sus ropas por toda la habitación que ocupaba en compañía de Marjorie Weaver. "Ha sido la única persona que he odiado en la vida"—dice la actriz, interrumpiendo su relato. "Venía a mi habitación, se sentaba a mirarme y se me reía en la cara con la mayor desfachatez." Llegó el día en que Marjorie se enfadó, le lanzó el equipaje al vestíbulo a la muchacha y le cerró la puerta. Cuando prometió emendarse, hiciese las paces y desde entonces, entre riña y riña, son amigas inseparables.

RUBY NELL PARKS era traviesa y se le ocurrió la idea de presentar la fotografía de su amiga en un concurso de belleza, sin que ella lo supiera. Pensaba que si salía triunfante eso sería motivo de regocijo para las dos. Miss Weaver jamás había ambicionado hacerse actriz de cine. Estaba estudiando para maestra de escuela, pues sus padres eran pobres y no podían costearle estudios de colegio por mucho tiempo. El papá trabajaba como agente despachador de un ferrocarril de la ciudad de Louisville. Como siempre, sucedió lo inesperado, y Marjorie obtuvo el primer premio en el concurso, gracias a la intervención oficiosa de Ruby. El premio consistía en una beca para estudiar baile en Nueva York. Cuando estaban preparando el equipaje, estaban, decimos, porque Ruby decidió acompañar a Marjorie para guiarla en su carrera—Miss Weaver le propuso a la pícara colegiala comprarle su sombrerote por cinco dólares, y así fué como empezó la trama de su aventura artística. ESCASA de dinero durante el tiempo que estudiaba baile, Marjorie optó por ganarse alguna plata sirviendo de modelo para anuncios de cigarrillos y jabón, y en establecimientos de ropa. Varias compañías de películas le hicieron ofertas. Después de considerar todas las proposiciones, aceptó el contrato de la Paramount. Seis meses estuvo en los estudios de esta productora sin hacer

absolutamente nada, lo que la obligó a cambiar de patrono e ingresar en los elencos de la Twentieth Century-Fox. Ruby Parks, a quien sus compañeras habían apodado Judi, vino a vivir con ella y ahora tiene el puesto de doble de

Marjorie, como su sobresaliente. Esta jovial "campesinita" de Kentucky está acostumbrada a luchar para salir adelante en sus empeños. A los diez años de edad era una vendedora de berro; a los trece, entrenaba su propio

tres años, entre los meses de abril y septiembre, Marjorie lo corría todos los días, desde las 5 hasta las 8 de la mañana y desde las 4 hasta las 7 de la noche. Cuando ella se marchó al colegio lo vendió por \$800, realizando una ganancia de \$670 sobre el costo original. No era un caballo extraordinario, pero Marjorie lo enseñó a brincar con las patas de atrás al entrar en la pista, y luego lo adornaba con unas mantas negras y una bufanda roja que le daban un aspecto de caballo-león. Aunque la mayor parte de los conocimientos que tiene sobre los equinos los aprendió de su padre, Miss Weaver posee una intuición admirable para seleccionar vencedores en la pista. Seis veces ha acertado a escoger el ganador del Derby de Kentucky. Es una anfitriona gentilísima y antes de partir para Hollywood dió una fiesta en su casa a la que asistieron todos los jugadores del equipo de fútbol de la Universidad de Purdue. La familia no se enteró de que estaba haciendo apuestas a los caballos hasta el día en que se presentó con un flamante automóvil modelo sport que había adquirido con las ganancias hechas. Parece que además de sus conocimientos intuitivos tenía un amigo cuyo papá trabajaba en los hipódromos, y esta era una magnífica fuente de información sobre los probables resultados de las carreras. MISS WEAVER no es exageradamente supersticiosa, pero cree que la suerte es uno de los factores decisivos en la vida. Sabe por experiencia que para triunfar hay que ser perseverantes y trabajar con ahínco, de manera que si se le presenta una oportunidad favorable la aprovecha para abrirse paso, po-

niendo el mayor esfuerzo posible en sus ambiciones. Si fuera a confesar cuál es su primera superstición diría que el número 13, el que considera completamente favorable al éxito. La prueba fotogénica se la tomaron un viernes día 13; compró el automóvil de su propiedad el día 13; su padre le regaló el primer caballo de carrera en el decimotercer cumpleaños; y las críticas favorables a su labor en la cinta Segunda Luna de Miel también fueron publicadas el día 13. Ha tenido, sin embargo, numerosos contratiempos. Sufrió varias caídas de caballo y ha sido víctima de cinco accidentes automovilísticos en los cuales se ha roto los dos brazos. Tiene una cicatriz en la frente de una cox que le propinó una mula al tratar de pasar por debajo de ella. De paso, la mula se rompió la pata y hubo necesidad de pegarle un tiro. Pero Marjorie está ahora en la cumbre y es difícil que pierda el terreno ganado en buena lid, a menos que las cosas cambien por completo y su buena fortuna desaparezca totalmente. Después de oír el relato de sus peripecias, y principalmente el incidente de la mula que perdió la vida por darle una cox a Marjorie y salir con la pata fracturada del encuentro, creemos, harto difícil que esta muchacha pueda ser detenida en su avance hacia el triunfo definitivo. Chicas con la fuerza de voluntad y la perseverancia de Miss Weaver no se encuentran a la vuelta de la esquina y están hechas de un metal que todavía no ha podido ser resquebrajado por el cinismo que campea en Hollywood.



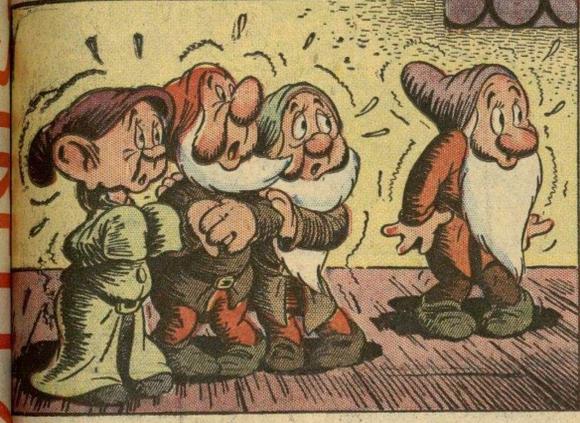
DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 6 DE MARZO DE 1938

BLANCA NIEVE

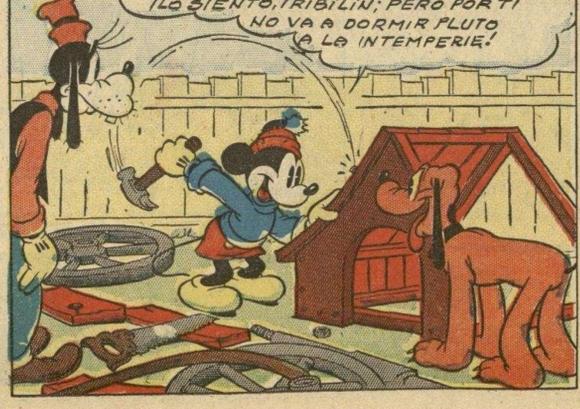
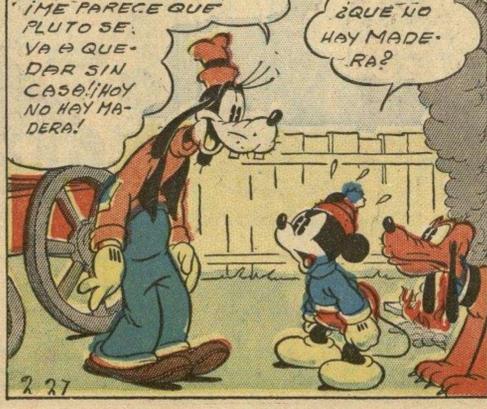
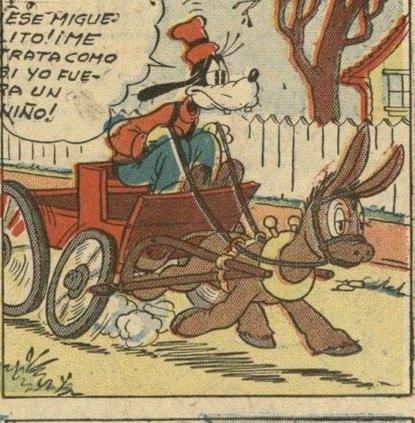
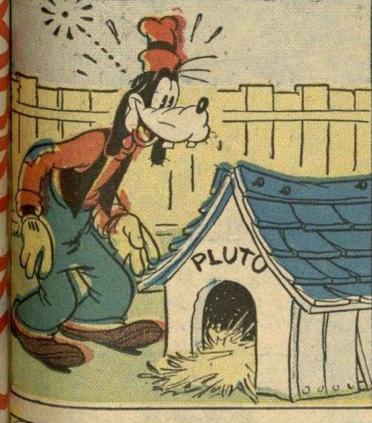
LOS SIETE ENANITOS.

Por WALT DISNEY



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



WONG-LO

by BRANDON WALSH

TOMÁS Y WONG LO OPINAN QUE LA MINA DE ORO DESCUBIERTA POR CARLOS PERTENECE A LOS INDÍGENAS; PERO EL JEFE DE ESTOS RECHAZA LA IDEA POR TEMOR A DISENSIONES. POR FIN, LOS TRIPULANTES DEL "DELFIN" SE ENTERAN DEL HALLAZGO, SE SUBLEVAN, HACEN PRISIONEROS AL JEFE Y A NUESTROS AMIGOS



¡ESOS CANALLAS HAN QUEDADO DUEÑOS DE UN PUJADO DE PEPI-TAS DE ORO; PERO JAMÁS SABRÁN DONDE LAS ENCONTRAMOS!

¡SIEMPRE HABER DESCUBIERTO EL ORO!



¡LOS NECIOS LOBAN PALA COMPLACENCIA!

¿NO LES DIJE QUE LOS GUIJARROS AMARILLOS TRAERÍAN DESGRACIAS?



¡QUIETOS, COMPAÑEROS! ¡YA VIENEN NUESTROS LESPLECIABLES ENEMIGOS A LALNOS UN MAL LATO!



¡AHÍ TE QUEDARÁS FERRO! CUANDO LOS CANGREJOS TE DESCUBRAN SE DARÁN UN FESTÍN! CUANDO SIEMPRE QUE TE ESTÁN COMIENDO VIVO TE DISPONDRÁS A HABLAR!



¡PALA EVITAL LESGLACIAS HAY QUE MOLIL JOVEN! ¡HASTA A UN EMPELALOL LE HACEN POL FIN LA CAMA CON PALA Y AZALÓN!



¡MIRE, TOMÁS! ¡MIRE, YA VIENEN LOS CANGREJOS SOBRE WONG!

¡NO PUEDO QUEDARME CON LOS BRAZOS CRUZADOS MIENTRAS LO ATAQUAN!



¡ESPEREN! ¡NO PUEDO PERMITIR QUE MIS HONORABLES HUÉSPEDS RECIBAN DAÑO! ¡YO LOS CONDUCTIRÉ AL ORO!

¡ESO ES HABLAR CON SENSATEZ!



¡NECIOS! ¡ESTÁN PROVOCANDO LA IRA DE LOS DIOS!

ESTÁ ESCRITO: UN BULLO CALGALO LE OLO SIGUE SIENDO UN BULLO!

ANITA Y SUS AMIGOS

By Brandon Walsh

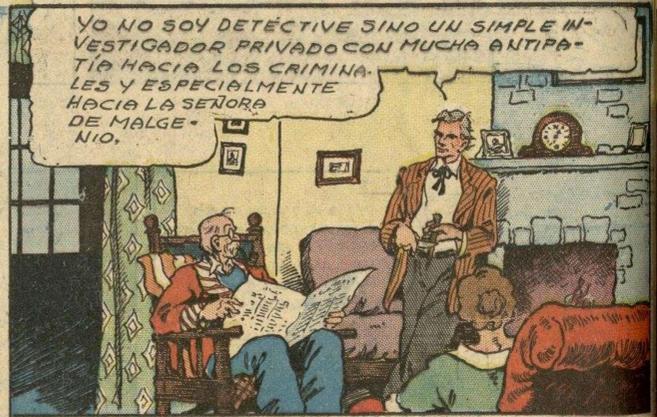


EL SEÑOR FLINT PROMETIÓ VENIR A VERME HOY; PERO YA HAN DADO LAS DIEZ Y NO PARECE!

¡YO NO TENGO LA CULPA!



SI EZRA FLINT HA DICHO QUE VENDRÍA HOY, VENDRÁ. ÉL SABE QUE UD. NO SE IRÁ DE AQUÍ, PERO ESTA ES LA PRIMERA VEZ QUE VEA A ALGUIEN DE LA CALAÑA DE UD CON GANAS DE ENCONTRARSE CON ÉL!



YO NO SOY DETECTIVE SINO UN SIMPLE INVESTIGADOR PRIVADO CON MUCHA ANTIPATIA HACIA LOS CRIMINALES Y ESPECIALMENTE HACIA LA SEÑORA DE MALGENIO.



TIENE UD. RAZÓN. CUANDO PIENSO COMO EXPLOTABA ESA HARRÍA A LAS INDEFENSAS HUERFANITAS, ME HIERVE LA SANGRE. ¡NINGÚN CASTIGO ES DEMASIADO DURO PARA ELLA!



HACE MUCHOS AÑOS QUE TRAFICA EN NIÑOS. CONOZCO SUS ANTECEDENTES Y AUN CUANDO ELLA NO HUBIESE FIRMADO UNA CONFESIÓN COMPLETA DE SU CULPABILIDAD, SIEMPRE PODRÍA MANDARLA A PRESIDIO.



¡OJALÁ LE DEN CADENA PERPETUA!

¡SÓLO UNA PERSONA PUEDE SALVARLA!



PERO, ¿QUIÉN VA A QUERER SALVARLA?

¡UNA NIÑITA COMPASIVA QUE FUE LA VÍCTIMA PRINCIPAL DE SU CRUELDAD Y AVARICIA! ¡HABRÁN UDS. ADVINADO QUE ME REFIERO A ANITA?



¡CIELOS, HUESITO! SÓLO PORQUE A MÍ ME TRATO MAL LA SEÑORA DE MALGENIO. EL SEÑOR FLINT QUIERE MANDARLA A PRESIDIO!



¡PERO LA IDEA DE QUE ALGUIEN TENGA QUE VIVIR ENTRE BARROTES DE HIERRO, COMO PAJARO ENJAULADO, AUNQUE HAYA SIDO CRUEL CONMIGO, ME PARTE EL ALMA! ¡OJALÁ QUE NO CONDENEN A PRESIDIO A LA SEÑORA DE MALGENIO!

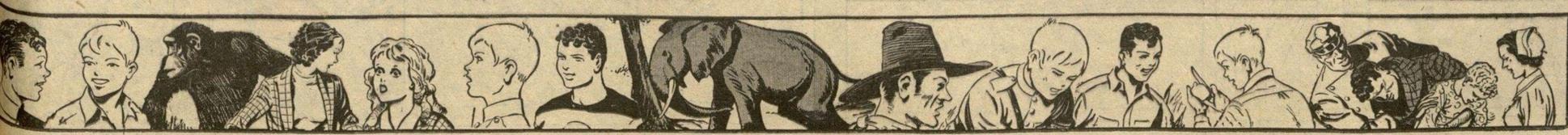


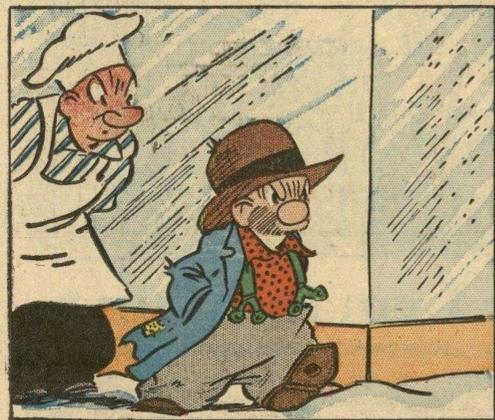
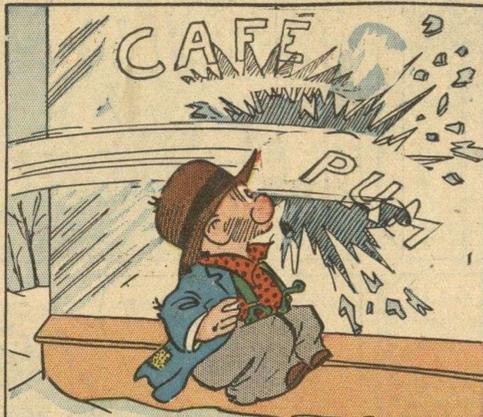
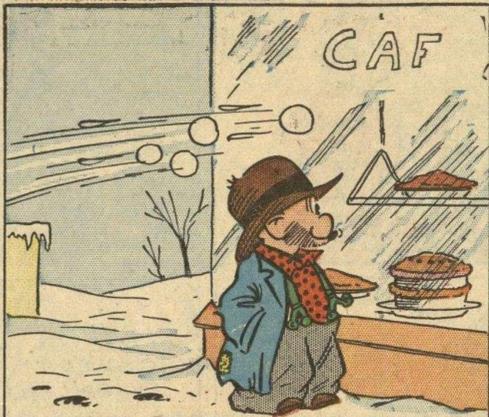
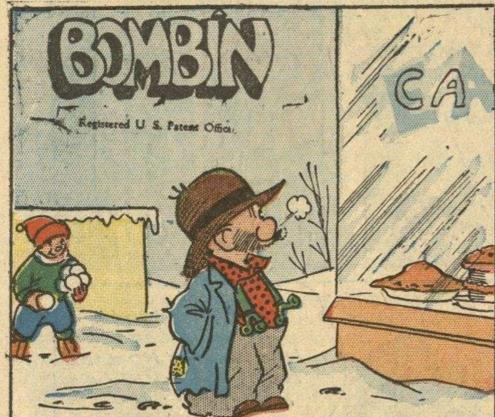
MODESTO RIZOS



AVENTURAS DE AGUILUCHO

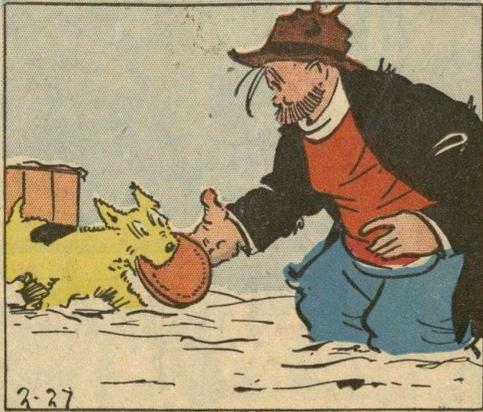
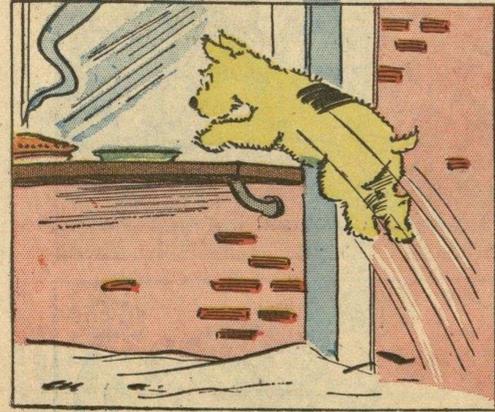
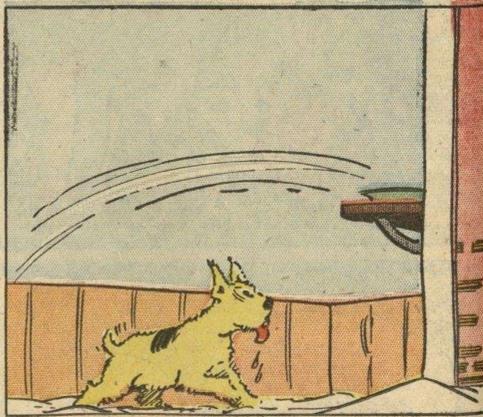
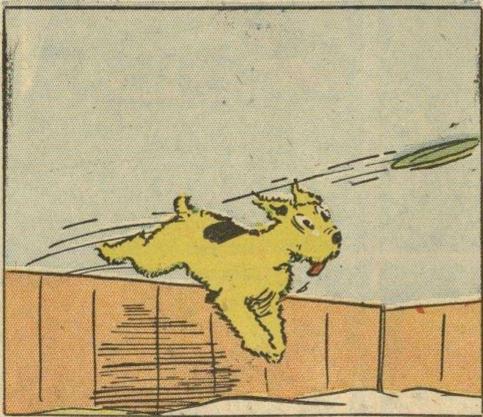
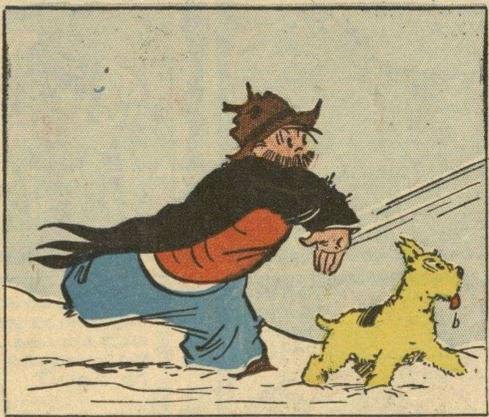
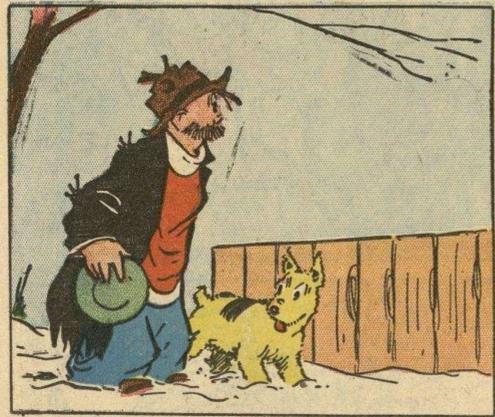
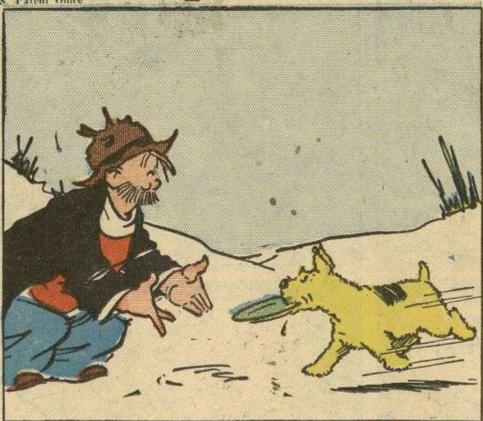
By Lyman Young





PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office



Copyright 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

2-27